5780

Los

Infiernos de

Madrid.

8

LOS INFIERNOS DE MADRID.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

FANTASTICO-FILOSOFICO.

MADRID:

IMPRENTA DE T. FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1861.

PERSONAS.

EL DIABLO.
ELISA.
MERCEDES, hermana de Bruno.
DOÑA LEONOR, dueña de una casa de juego.
JULIA, amiga de Elisa.
RITA, id. id.
MARTA, prima de Mercedes y de Bruno.
ROSA, criada de Elisa.
LUIS, jóven propietario de Astorga.
CANUTO, id. id.
BRUNO, labrador maragato.
DON ROQUE, usurero.
EL CONDE DE CLIFF, caballero de industria.
JOSE, camarero.
Un Inspector de policía.
Un Jugador.
Un Llavero de la cárcel.

Máscaras, jugadores de ambos sexos y guardias civiles veteranos.

Epoca actual.

ACTO PRIMERO.

EL BAILE DE MASCARAS.

Sala del ambigú en el Circo de Paul durante un baile de máscaras. Puerta á la derecha, y otra y una ventana á la izquierda. Mesas con manteles, rodeadas de sillas, á ambos lados del escenario; otra grande en el centro, y otras dos en el fondo con platos, vasos, botellas, etc.; banquetas á derecha é izquierda en primer término, arrimadas á los bastidores; lámpara con luces de gas, pendiente del techo.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, RITA, EL CONDE DE CLIFF, Y MASCARAS DE AMBOS SEXOS.

(*Al levantarse el telon, aparecen ocupadas todas las mesas por máscaras que cenan. En la de en medio lo hacen* JULIA, RITA, *otra jóven, el* CONDE *y dos amigos suyos, todos con disfraces.*)

JULIA. (*Levantándose y elevando su copa.*)

¡A la salud de Mr. Paul, dueño del local en que estamos!

TODOS. (*Alzando sus copas.*)

¡A la salud de Mr. Paul!

(*Julia se sienta.*)

RITA.

¡Vivan los bailes del Circo de Paul!

JULIA.

En donde salta la juventud.

CONDE. (*Hablando con acento francés exagerado.*)

Hacer un hora que haber pedido champagne, y no traer.

JULIA. (*Golpeando en la mesa.*)

¡Mozo, champagne!

TODOS. (*Gritando y golpeando.*)

Champagne!.... ¡champagne!.... ¡champagne!....

JOSE.

(*Saliendo por la puerta de la derecha con varias botellas de champagne, que deja en la mesa, y hablando con acento gallego.*)

¡Helu aquí!.... ¡helu aquí!....

CONDE.

¡Mocho servir mal en el Circo de Paul!

JOSE.

Caballeru, nun se puede acudir á tantus á un tiempu.... hay mucha abundancia de gente.... y ahora que está para acabarse la danza, todus vienen al *ambrigú*.... Hasta en la escalera cenan algunus, que nun tienen espera.

ESCENA II.

DICHOS, LUIS, DISFRAZADO DE PAYASO, Y CANUTO DE POLICHINELA.

CANUTO. (*Saliendo por la derecha.*)

Me muero de hambre.... (*Mirando á su alrededor.*) ¡Demonio de diablo!.... no hay ninguna mesa desocupada.

LUIS.

Pues vámonos.

CANUTO.

Nada de eso: mi estómago no me lo permite. Si tú no quieres, cenaré solo. (*Acercándose á la mesa del centro.*) Señores y señoras, disimulen ustedes la audacia de un polichinela. ¿Se puede consumir en la mesa de ustedes?.... ¿Sí?.... Muy bien.... ¡Mozo, chuletas para tres!

JOSE. (*Que está sirviendo en otra mesa.*)

Al instante.

JULIA.

¿Quién eres, jóven presuntuoso?

CANUTO.

No traigo encima el pasaporte.

LUIS. (*Tirándole de una manga.*)

Vámonos.

CANUTO.

No estoy de ese humor.

LUIS.

Pues has lo que quieras. (*Va á sentarse en la banqueta de la derecha, sin ocuparse de lo que dice Canuto.*)

CANUTO. (*Volviéndose hácia Julia.*)

Somos dos forasteros, que hemos venido á Madrid para completar nuestra educacion. Tengo el honor de presentar á ustedes á Canuto Cabezon (*Señalándose.*) y á don Luis Aguirre, (*Señalando á su compañero.*) mi amigo, ambos recien llegados de Astorga, ambos propietarios en idem, y no unos pelones, como ustedes han podido figurarse.

JULIA.

¡Ya!

TODOS.

¡Bien! ¡bien!

CANUTO.

El pais de los maragatos nos vió nacer... pais que produce hombres de cabezas gordas y greñudas y de calzones enormes... ¡Los maragatos serán siempre maragatos!

TODOS.

¡Bravo! ¡bravo!

JULIA.

¿Y son ustedes de sangre noble?... ¿De quién descienden?...

CANUTO.

Descendemos... de la diligencia.

TODOS. (*Palmoteando y riendo.*)

¡Bien! ¡bravo! (*Se levantan y dejan la mesa.*)

JULIA.

Polichinela, tus respuestas nos gustan.

CANUTO.

Tú si que me gustas á mí, y si quisieras darme un abrazo... (*Intenta abrazarla, y ella huye.*)

RITA.

¡Qué atreviduelo es el de Astorga!

CANUTO.

¿Es envidia?... Pues tambien hay para tí. (*Procura darla un abrazo.*)

RITA. (*Deteniéndole.*)

¡Eh!... quietas las manos.

JULIA. (*A Luis.*)

¿Qué haces ahí?... Acércate, payaso.

LUIS. (*Acercándose.*)

¿Qué me quieres?

JULIA.

¿Por qué has dejado á Astorga?

LUIS.

Porque he querido vivir, y la vida está en Madrid.... en Madrid, con sus mil placeres, con su alumbrado de gas, con su ruido, con sus mujeres bellas y elegantes.... Como tú, por ejemplo. (*Quiere abrazarla.*)

JULIA. (*Defendiéndose.*)

Basta con decirlo.

CANUTO. (*Intentando abrazar á Rita.*)

O como tú.

RITA. (*Huyendo y riéndose.*)

¡Qué aficionados á abrazos son los maragatos!

LUIS.

Necesitábamos algunos meses de existencia loca.

CANUTO.

¡Pues!... nos pedia el cuerpo hacer la vida del calavera.

LUIS.

Y por eso hemos venido.

CANUTO.

Por eso estamos aquí.

JULIA.

Pues bien: os declaro dignos de alternar con nosotros.

RITA.

Aprobado.

TODOS.

¡Sí! ¡sí!

JULIA.

Quedais admitidos por unanimidad en nuestra reunion. ¡A la mesa! ¡á la mesa!

(*Todos se sientan.*)

CANUTO. (*Antes de sentarse.*)

¡Mozo, dos cubiertos mas! (*Se sienta.*)

JOSE.

En seguida. (*Pone dos cubiertos, tomándolos de una de las mesas del fondo.*)

LUIS.

¡Y champagne con abundancia!

CANUTO.

No me opongo á que traiga un rio de champagne; pero estos señores han acabado de cenar, á tí no te habla el estómago, por lo que veo, y yo tengo hambre, hambre canina.—¡Mozo, tres chuletas!... ¡un pollo con tomate!... ¡jamon en dulce!... ¡salchichon!... ¡Todo lo que quieras, y volando!

JOSE.

Voy á escape pur ellu. (*Se dirige á la derecha.*)

CANUTO. (*Levantándose.*)

¡Mozo!

JOSE. (*Deteniéndose.*)

Señor.

CANUTO.

¡Traéme un buey asado!

(*Se sienta, todos se rien, y José se va por la derecha.*)

JOSE. (*Dentro.*)

¡Tres chuletas!... ¡un pollu cún tumate!... una racion de jamon en dulce!... ¡una de salchichon!... ¡un buey asadu!

JULIA. (*Riéndose.*)

¡Ha pedido el buey!

CANUTO.

Y soy capaz de comérmelo.

(*Todos se rien.*)

JULIA.

¡Bebamos!

(*Llenan las copas.*)

RITA. (*Brindando de pie.*)

¡A la salud de don Canuto Cabezon! (*Se sienta.*)

TODOS. (*Elevando las copas.*)

¡A la salud de don Canuto Cabezon! (*Beben.*)

JULIA. (*Levantándose y presentando su copa á Canuto.*)

Señor don Canuto...

CANUTO. (*Levantándose tambien y acercando su copa.*)

Señora mia... (*Toca su copa con la de Julia, que bebe y se sienta, y él dice aparte.*) ¡Demonio de diablo!... ¡qué ojos me ha echado! (*Bebe y se sienta.*)

LUIS. (*A Julia.*)

Eres muy bonita, máscara.

JULIA.

Lo sabia antes de decírmelo tú.

CANUTO. (*Señalando á Rita y á la otra jóven.*)

Pues estas no la van en zaga. Las tres me han dado flechazo.

(*Una orquesta hace dentro señal de galop.*)

JULIA.

Va á empezar la galop infernal, anunciada para finalizar el baile.

(*Los que cenan en las otras mesas se levantan y se van apresuradamente por la derecha.*)

CONDE.

Todos irse. Correr tambien abaco nosotros.

JULIA.

No, conde: estoy cansada... he bailado mucho esta noche.

RITA.

Lo mismo me sucede á mí.

JULIA.

Lo mejor es irnos. No pienso perder ni un baile este carnaval, y es preciso dar descanso al cuerpo.

(*Se levanta, y todos la imitan, menos Canuto.*)

LUIS.

¿Podemos acompañaros, máscaras?

JULIA.

No veo inconveniente.

CANUTO. (*Bebiendo.*)

Pero yo estoy traspillado de hambre....

JULIA.

Cenarás almorzando... Te convido á hacerlo en mi casa.

CANUTO. (*Levantándose.*)

¿Muy pronto?

JULIA.

A la una ó las dos de la tarde.

CANUTO.

¡Caramba!...

LUIS. (*Llamando.*)

¡Mozo!

JOSÉ. (*Saliendo.*)

¿Quién llama?

LUIS.

La cuenta, que nos vamos.

JOSE.

¿Que se van ustedes?... Si nun puede ser...

JULIA.

¿Por qué causa?

JOSE.

Purque llueve á cántarus.

CANUTO.

¡Demonio de diablo!

(*Rita corre á la ventana y la abre. Se oye el ruido de la lluvia, José se va.*)

RITA.

¡Está diluviando!... ¿Qué haremos?

JULIA.

Tener paciencia..... Que nos cuente algo polichinela.

RITA.

Un cuento de brujas.... una leyenda maragata.

TODOS.

¡Sí! ¡sí!

CANUTO.

Pues escuchad.

(*Apartan la mesa grande á un lado, colocan sillas en el proscenio y se sientan todos.*)

JULIA. (*A Canuto.*)

Ya te oimos.

CANUTO.

Habia en otro tiempo...

JULIA.

Un rey y una reina, que...

CANUTO.

No es eso. Habia en otro tiempo cerca de Astorga un castillo antiquísimo, llamado el castillo de la Roca Negra, en el cual el que entraba una vez, no volvia á salir mas, y es porque estaba allí... ¿Quién direis que estaba allí?

TODOS.

¿Quién?

CANUTO.

¡El diablo!

(*Se oye tocar dentro la galop infernal, que dura todo el tiempo que el Diablo está en la escena.*)

TODOS. (*Riendo.*)

¡El diablo!

CANUTO.

Como os lo digo: allí estaba, y allí está todavía.

(*El Diablo sale apresuradamente por la puerta de la izquierda, y se apoya en su quicio, mojando un bizcocho en una copa de champagne.*)

DIABLO.

Te engañas, polichinela: ya no está allí.

TODOS. (*Levantándose.*)

¿Eh?

DIABLO.

Está en la sala del ambigú del Circo de Paul, mojando un bizcocho en una copa de champagne. (*Se come el bizcocho, se bebe el vino y se acerca.*) Señoras, servidor de ustedes. (*Pasa por entre todos, deja la copa en una mesa y vuelve al medio del proscenio.*)

CANUTO. (*Mirando con mucha atencion al Diablo.*)

¡Si es una máscara!

TODOS. (*Riendo.*)

¡Bah!...

RITA.

¡Pues he tenido un miedo!...

DIABLO. (*A Canuto.*)

¿No quieres creer que soy el diablo?

CANUTO.

Lo eres por un par de duros, que te costará el alquiler del traje.

DIABLO.

Te certifico que he abandonado el castillo de la Roca Negra, donde estaba solo y me fastidiaba horriblemente, y me he venido á Madrid, donde tengo multitud de diablas (*Mirando á las mujeres.*) y diablillos, que trabajan para mí.

CANUTO.

¿Sí, eh?

DIABLO.

En Madrid tengo mis mejores infiernos... poseo en él un patrimonio, una renta tan segura como la del papel del tres por ciento... En Madrid se condena la gente con una facilidad.... se condenan tantos, que esto da gusto... Una mujer por aquí, una botella por allá, una baraja mas lejos... y negocio hecho. En Madrid tengo antros dorados, tengo abismos cubiertos de flores, que se les conoce; pero eso no importa... se acercan á ellos, y ¡paf!... ¡abajo!... Todo es ganancia para mí.

RITA.

¡Es muy gracioso!

JULIA.

¡Me divierte el chiquitin!

RITA. (*Al Diablo.*)

¿Nos conoces?

DIABLO.

¡Ya lo creo!... (*Presentando sucesivamente las mujeres á Luis y Canuto.*) La bella Julia, que hizo su entrada en el mundo por los bailes de la Camelia... de lindos ojos, de dientes blancos, de pies en abreviatura, de corazon tiernísimo.... Hace viajes á las provincias. (*Rien todos, y él se acerca á Rita.*) La encantadora Rita, bailarina del Teatro Real, pródiga, muy pródiga en sus dádivas. Tiene un intérprete para uso de los estrangeros. (*Rien, y él se aproxima á la*

otra jóven.) La tierna Eulalia, figurante en el mismo teatro, y digna discípula de su maestra. (*Señala á Rita.*) Todavía no hace mas que prometer; pero promete demasiado. (*Volviendo al medio.*) Las tres tienen perritos americanos, las tres son hijas del dios Momo, y las tres hacen mucho honor á su padre.

TODOS. (*Riendo.*)

¡Bravo! ¡bravísimo.

JULIA.

¡Tiene chispa!

CANUTO. (*Aparte.*)

Conoce la mitología... ¿Si será periodista?

DIABLO.

Pero conozco que he dicho mas de lo que debia, y me arrepiento de mi indiscrecion; porque no basta con ser diablo, sino que es preciso ser diablo bien educado. (*Saludando.*) Señoras... (*Va á irse; pero le detiene la voz de Julia.*)

JULIA. (*Presentándole una copa de champagne.*)

Vamos, señor Satanás, una copa de champagne.

DIABLO.

Con mil amores. (*Toma la copa, y se la devuelve á Julia despues de beber.*) Gracias. Con que hasta la vista. (*Da algunos pasos, y vuelve.*) Hasta la vista, Luis Aguirre.

LUIS. (*Admirado.*)

¡Me conoce!

DIABLO.

Nos volverémos á ver en el Teatro Real, donde tengo palco siempre.

LUIS.

¿De veras?

DIABLO.

Seguramente... el palco infernal. — Hasta muy pronto, Canuto Cabezon.

CANUTO.

¡Tambien me conoce á mí!

DIABLO.

Hasta la vista, todos. (*Vase por donde vino.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS EL DIABLO, Y DESPUES JOSE.

CANUTO.

Pues si no es diablo completo, poco debe faltarle.

CONDE.

Yo estar mocho admirado.

RITA.

¡Nos conoce á todos!

CONDE.

Haber bien reido de las tres.

JULIA.

¿Qué tiene eso de estraño en carnaval, conde?... Pero estoy deseando irme á la cama. ¿Llueve todavía?

RITA. (*Asomándose á la ventana.*)

Mas que antes.

JULIA.

¡Qué fastidio!... Me estoy cayendo de sueño... Haced vosotros lo

que querais; pero lo que es yo, me acuesto aquí. (*Se tiende en la banqueta de la derecha.*)

RITA.

¡Buena compañía nos haces!

JULIA. (*Con voz soñolienta.*)

¿Por qué... por que... no me imitais? Acostaos... tambien. (*Se duerme.*)

RITA.

No dice mal: acostémonos todos. (*Lo hace en la banqueta de la izquierda*).

TODOS.

Sí, sí.

(*Todos se tienden, unos en las mesas y otros en el suelo. Luis derriba una silla á la derecha del proscenio y se sienta junto á ella. Toda la parte del medio del escenario debe quedar libre. Canuto permanece de pie.*)

CANUTO.

Se acuestan todos... y yo, que he pasado la noche anterior en la diligencia, y esta bailando, aun permanezco de pie... pero no es porque me falte sueño... al contrario... un ojo se me cierra y el otro se me entorna... Pues señor, á dormir. (*Se sienta junto á una mesa, pone los brazos en ella y la cabeza encima.*) Buenas noches, Luis. (*Se duerme.*)

LUIS.

(*Tendiéndose y dejando caer la cabeza sobre el respaldo de la silla.*) Buenas noches. (*Consigo mismo.*) Por fin estoy en Madrid... empieza para mí una nueva vida, una vida de placeres... y sin embargo no puedo desechar esta idea... este pensamiento... Mercedes... ¡Pobre Mercedes!... ¡Haberme venido sin despedirme de ella! ¡sin prevenírselo... ¿Qué habrá dicho al no verme parecer á la hora acostumbrada?...

CANUTO. (*Soñando.*)

¡Marta!... ¡Martita!...

LUIS. (*Con voz soñolienta.*)

Tambien él piensa en su novia de Astorga.., ¿Has llorado, Mercedes... por mi ausencia?... ¿Qué has pensado?... ¿Qué haces... ahora?

(*Se duerme, y los demás han hecho lo mismo. Se oyen algunos ronquidos.*)

JOSE. (*Saliendo por la derecha.*)

¡Qué empeñu tienen en que se repita la danza del infiernu, ú comu la llamen... Ya se vé... el agua nun lus deja irse... (*Reparando en los dormidos.*) Peru ¡calla!.. ¡estus duermen!... y comu roncan!... ¡Gástese gas para semejante gente!... (*Apaga la lámpara.*) Buenas noches, amigus. Ya tienen lu menus para las doce. (*Váse por donde vino.*)

(*Oscuridad completa.—El fondo se abre y deja ver una sala de la casa de Bruno, en Astorga, amueblada sin lujo, pero decentemente; con puerta en el fondo y á la derecha, y ventana á la izquierda.—La orquesta toca pianísimo durante todo el sueño.*)

ESCENA V.

DICHOS, DORMIDOS; MERCEDES, LUEGO MARTA, Y DESPUES BRUNO.

(*Al abrirse el fondo se oyen repicar las campanas de la poblacion y la voz de Mercedes, que canta dentro.*)

MERCEDES. (*Dentro, cantando.*)

Mañana hay gran fiesta
allá en mi lugar,
y á él me encamino,
que quiero danzar.

Perico, que me hace cocos,
y aunque es feo, con dinero,
me dirá si bailar quiero,
y yo le diré que sí.
Al ver los mozos mi garbo,
tendrán envidia á Perico,
y ellas, que saben que es rico,
envidia tendrán de mí.
Mañana hay gran fiesta
allá en mi lugar,
y á él me encamino,
que quiero gozar.

(*Las campanas siguen repicando, y ella sale por la derecha*). No sé como canto, cuando la tardanza de Luis me tiene tan inquieta... Es la primera vez que falta á la hora acostumbrada... Tambien es muy raro que no haya venido hoy el novio de Marta... (*Asomándose á la ventana*). Nada... no se vé ni al uno, ni al otro... ¡Dios mio! ¡quiero tanto á Luis... (*Se sienta*). Y estoy segura de que tambien él me ama... ¡Cómo repican las campanas, anunciando la fiesta de mañana!... Mañana saldré con él y con mi hermano: como todos los dias festivos irémos á misa, y despues á paseo... ¡Cuántas envidiosas tendré en Astorga al verme con Luis!... ¡Es tan buen mozo!... Hoy hace tres años que me regaló esta crucecita de oro, (*Señalando á una, que lleva pendiente del cuello.*) que nunca se aparta de mí... Pero no viene... ¿Dónde estará? (*Se queda pensativa.*)

LUIS. (*Soñando.*)

¡Pobre Mercedes!... ¡Qué bonita es!

MARTA. (*Dentro.*)

¡Mercedes!... ¡Mercedes!...

MERCEDES. (*Levantándose.*)

¡Marta!...

MARTA. (*Saliendo apresurada por el fondo.*)

¡Ay, prima! ¡si supieras!...

MERCEDES.

¿Qué sucede?

MARTA.

¡Qué se han ido de Astorga tu novio y el mio!

MERCEDES.

¡Jesús!... ¡Es imposible!

MARTA.

Van caminando hácia Madrid, segun acaba de decirme el administrador de la diligencia. ¡Pícaro Canuto!... ¡Cómo le tuviese aquí!...

CANUTO. (*Soñando.*)

¡Pobre Marta!... piensa en mí.

MERCEDES.

¡Luis en Madrid!...

MARTA.

¡Y ni siquiera se han despedido de nosotras esos tunos!... (*Llorando.*) ¡Bribón, infame Canuto!

CANUTO. (*Llorando en sueños.*)

¡Ji! ¡ji! ¡ji!...

MERCEDES.

¡En la corte, donde, segun dice mi hermano, tantos peligros amenazan á los jóvenes, y mas siendo forasteros!... ¡Prima, orémos por los que amamos, y que el ángel del sueño les lleve nuestro rezo!

(*Las dos jóvenes van á arrodillarse, y se detienen el ver salir por el fondo á Bruno.*)

BRUNO. (*Saliendo con traje maragato.*)

¿Hermana?

MERCEDES.

¿Qué quieres, Bruno?

BRUNO.

Cuida bien la casa durante mi ausencia: me voy á Madrid.

MERCEDES.

¡A Madrid tú!...

BRUNO.

Sí: corro en busca de ese ingrato.... y que quiera ó no, volverá conmigo.

MERCEDES.

Gracias, hermano. Ya que vas á la córte, hay en ella otra persona.... por cuya ausencia hemos llorado juntos.... y si quisieses....

BRUNO.

¡Calla! Sí: Madrid nos ha arrebatado á nuestra hermana Elena, que huyó á la corte, y en la corte se ha perdido.... Todavia se puede salvar á Luis.... pero por lo que hace á la otra.... no hay que hablar de ella.... ya no es de la familia.

MERCEDES Y MARTA.

¡Bruno!...

BRUNO.

Nunca me nombreis á Elena, que á todos nos ha olvidado.... Hermana, prima, rezad para que Dios bendiga mi viaje.... (*Abrazando á las dos.*) y pedidle la vuelta de los que amais.

(*Luis hace un movimiento como para despertar; Mercedes y Marta se arrodillan, y Bruno se va por donde vino.—El fondo vuelve á cerrarse.—La música termina con un fuerte.*)

ESCENA VI.

LUIS, CANUTO, JULIA, RITA, LA OTRA JÓVEN, EL CONDE Y SUS DOS AMIGOS.

LUIS. (*Despertando.*)

¡Es ella! ¡es Mercedes! (*Se levanta.*)

CANUTO. (*Lo mismo.*)

¡Es ella!... ¡es Marta! (*Se levanta.*)

LUIS.

¡Canuto!

CANUTO.

¡Luis!
(*Se buscan en la oscuridad y se encuentran en medio de la escena.*)

LUIS.

¡He soñado!

CANUTO.

¡He tenido una pesadilla!

LUIS.

¡He visto á Mercedes!

CANUTO.

¡He visto á Marta!

LUIS.

¡Y á Bruno!

CANUTO.

¡Y yo tambien!... ¡Es particular!...

LUIS.

¡Se venia á Madrid!...

CANUTO.

¡Justamente! Por dicha es solo un sueño, y estará muy tranquilo en Astorga....

BRUNO. (*Dentro.*)

Le digo á V. que sé que están aquí.

LUIS.

¡Dios mio!...

CANUTO.

¡Esa voz!...

(*José sale con luces por la puerta de la derecha, y Bruno le sigue.*)

ESCENA VII.

DICHOS, BRUNO Y JOSE.

BRUNO.

¿Los vé V?... Esos son.

LUIS Y CANUTO.

¡Bruno!

JOSE.

Bajen ustedes, si quieren, que se va á repetir lu del infiernu.... el bailuteu ese de antes.... (*Deja las luces en una mesa y se va por la derecha.*)

BRUNO.

No me esperábais ¿eh?... Por el mozo de la diligencia, que os llevó el equipaje, he sabido en qué fonda parábais; en ella me han dicho que estábais aquí, y aquí me teneis.... ¿Es posible que os encuen-

tre de esa suerte?... ¡Tú, Luis, vestido de payaso, y tú, Canuto, de polichinela!...

CANUTO.

¿Pues qué no me sienta bien este traje?

BRUNO.

¡Muy bien!... pareces un mono.... Gracias á Dios he dado pronto con vosotros, y os llevo conmigo.

CANUTO.

¿A dónde?

BRUNO.

¿A dónde ha de ser?... A Astorga.

CANUTO.

¡En eso estoy pensando!... Nada se me ha perdido allí.

BRUNO.

¿Y tú, Luis, qué dices?

LUIS.

Que estoy perfectamente en Madrid.

BRUNO.

¿Conque os negais á seguirme?... (*Señalando á los que duermen.*) ¡Véase que nuevos amigos preferís á mí!... ¡Gente perdida, sin duda!... ¡borrachos, que duermen la mona!... Vamos, Luis, sigue los impulsos de tu corazon, que sé que son buenos... vente, vente conmigo... con tu hermano, que tanto te quiere..... que se arrojaria al fuego por tí... Vas á venirte: ¿no es verdad?... (*Pausa corta.*) ¿Nada me respondes? ¿Por el mentiroso atractivo de Madrid te olvidas de tu ciudad natal, donde tan feliz has sido, donde se halla el sepulcro de tus padres?... (*Tomándole la mano.*) Oyeme... (*Luis retira su mano.*) ¡Me niegas tu mano!... ¡Pronto, por vida mia, te ha pervertido la corte!

LUIS.

¡Déjame, Bruno, déjame!

BRUNO. (*Con acento mas sentido.*)

¿Y Mercedes?... ¡Mercedes, que te ama tanto... que en breve iba á ser tu esposa!...

LUIS. (*Con esfuerzo y sin mirar á Bruno.*)

Rompo mis compromisos con ella y contigo.

BRUNO. (*Despues de un momento de silencio.*)

En ese caso, queda con Dios, Luis... (*Va á irse, y se detiene.*) Quieres perderte, y te abandono... ¡que el diablo te lleve! (*Dá algunos pasos, y vuelve á detenerse junto á la puerta.*) ¡Sí! ¡que el diablo te lleve! (*Vase precipitadamente por la derecha.*)

LUIS.

(*Que ha permanecido un momento indeciso en medio de la escena, se acerca á la mesa grande y se bebe una copa de champagne.*) ¿Qué el diablo me lleve?... Pues bien: ¡que me lleve!

(*Se vuelve á oir dentro la galop infernal, y al mismo tiempo sale el Diablo apresuradamente por la puerta de la izquierda y se recuesta en el quicio como antes.—La música continúa hasta que baja el telon.*)

DIABLO.

Acepto, Luis Aguirre.

LUIS.

¿Otra vez?... Esta broma me cansa ya.

DIABLO.

¡Ah! ¿crees que es broma?... Luis, has hecho mal en quebrar con Bruno; porque eres un señorito de provincia, no de los mas ricos, puesto que tu patrimonio consiste en cuarenta mil duros, que

te ha dejado tu padre en el Banco, y en una finca rústica; pero el dinero en Madrid se derrite pronto. Bruno el labrador es mucho mas rico que tú, y su hermana Mercedes te amaba.

LUIS.

Pero ¿quién eres tú, que conoces á todo el mundo?

DIABLO.

¿No lo sabes?... (*Riendo.*) ¡El diablo!... Quieres probar la fruta vedada... quieres conocer mis infiernos de Madrid... Pues bien, Luis, nos verémos en todos ellos.

(*Váse por donde vino, y la puerta se cierra.*)

LUIS. (*Desatinado.*)

¡Sabré quien eres! (*Abre la puerta de la izquierda y se lanza por ella.*)

CANUTO.

¡Luis!... ¡Luis!... ¡no vayas!... (*Gritando con todas sus fuerzas.*) ¡Mozo!... ¡mozo!... ¡aquí!... ¡aquí todo el mundo!

(*Los que duermen se despiertan y se levantan sobresaltados.*)

TODOS. (*Rodeando á Canuto.*)

¿Qué sucede?

CANUTO. (*Fuera de sí.*)

¡Luis!... ¡mi amigo!... ¡Bruno!... ¡qué ha venido!... ¡el diablo!... ¡tenia cuernos!...

JULIA. (*Riendo.*)

¡Se ha vuelto loco!

TODOS. (*Lo mismo.*)

¡Está loco!

CANUTO. (*Corriendo á Luis, que sale por donde se fué.*)

¿Qué hay, Luis?

LUIS.

¡Ha huido!... ¡no he visto á nadie!

(*Todos, menos Luis y Canuto, corren á la puerta de la izquierda y la abren.—Cuadro animado.—Cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

LA CASA DE JUEGO.

Sala de la casa de doña Leonor. Puerta en el fondo; otra á la izquierda en segundo término, y otra secreta á la derecha, en primero. En frente de esta última, chimenea con luces, albums y barajas, y cerca de ella una alhacena secreta. Piano á la derecha, en segundo término, con papeles de música encima de él y taburete delante. Confidente en el proscenio, á la izquierda. En medio del escenario una mesa grande con tapete verde y luces. Consolas á los lados de la puerta del fondo, sillas, cordon de campanilla, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, RITA, LUIS, CANUTO, EL CONDE
Y VARIOS JOVENES DE AMBOS SEXOS.

(*Al levantarse el telon aparecen Rita y Luis sentados en el confidente* y *hablando en secreto; doña Leonor y una de las jóvenes ocupan sillas á la derecha; un jóven, de pie delante de la chimenea, hojea un album; Canuto y el Conde, de pie tambien en el proscenio, continúan una conversacion; las demás personas están sentadas á derecha é izquierda.*)

CANUTO.

Sí, señor conde: estoy inflado.... pero no es estraño.... ¡si he comido como un buitre!... ¡Es milagroso!... ¡Por catorce reales por

barba, un festin de Baltasar!... ¿Qué ganancia puede quedar de ese modo?

CONDE.

Perder sobre cada uno en particular; pero ganar, mocho ganar sobre la cantitad.

CANUTO.

Yo le he dado un ataque furioso á las mollejas de ternera.... y usted, señor conde, aunque no ha comido demasiado, lo que es en beber no se ha quedado atrás..... ¡vaya un modo de empinar el codo!...

CONDE.

¡Oh! nada valer el vino de la mesa redonda de la fonda de Peninsulares.... el ama de esta casa, madama la generala, en cuya mesa yo haber comido mocho, si tenerlo bono, bono, bono.

LEONOR.

Celebro, conde, que le guste á usted mi bodega.

CONDE. (*Acercándose á doña Leonor.*)

¡Oh! gustarme mocho, doña Leonor, mocho. Nosotros los franceses, ser grandemente aficionados al vino bono de España.

CANUTO.

¿Y cómo es que ha dejado usted su país?

CONDE. (*Volviendo al lado de Canuto.*)

Ser yo un emigrado, y la politica tener la culpa. ¿Vos no haber oido hablar del conde de Cliff?

CANUTO.

¿Cliff?... He conocido á uno de ese apellido.

CONDE.

Sin duda el general Cliff, mi hermano.

CANUTO.

No señor, no: el Cliff que yo he conocido era un amolador francés, establecido en Astorga.

(*Todos se rien.*)

CONDE.

¡Oh!... Vos no saber lo que yo echar de menos mi pais.... ¡Ah! ¡la Francia!... ¡la Francia!... Permita, señor, que enjugue una lagríma. (*Saca el pañuelo y se lo lleva á los ojos.*)

CANUTO. (*Apretándole una mano.*)

Enjúguela usted, señor conde, enjúguela usted.... ¡Ya veo que los franceses serán siempre franceses!...

CONDE. (*Con tono conmovido.*)

¡Gracias, jovén, gracias!... Yo ver que en su pecho haber un corazon bono. (*Sacando un papel.*) ¿Vos permitir ser inscrito en esta lista de suscricion en favor de los emigrados de mi pais?

CANUTO.

Con mucho gusto.

CONDE. (*Despues de escribir con un lápiz.*)

Pongo cinco duros.

CANUTO. (*Aparte.*)

¡Cáspita!... (*Dándole dinero.*) Ahí van.

(*Canuto y el conde se pasean de derecha á izquierda, siguiendo su conversacion en voz baja.*)

LEONOR. (*Levantándose.*)

Señores, ya saben ustedes que hoy, como todos los sábados, tendré un honor en que mis tertulianos me acompañen á tomar el té, y mientras voy á ver si está ya dispuesto, podia Ritita entretener la sociedad, tocando algo en el piano. (*Se acerca á este y le abre.*)

RITA. (*Levantándose.*)

Pero si no tengo aquí mis papeles de música...

LEONOR.

Cualquier juguete.... Estoy segura de que don Luisito tendrá mucho gusto en oirte.

LUIS.

Indudablemente. (*Presentándole la mano á Rita.*) Vamos, sea usted amable.

(*La lleva al piano; Rita se sienta delante de él, preludia, y toca durante el diálogo que sigue. Doña Leonor se va por el fondo.*)

CONDE. (*Continuando su conversacion con Canuto.*)

Ya vos saber: yo ser legitimista, como deber ser todo verdadero conde.

CANUTO.

Me tiene usted afectado con lo que me ha dicho.

CONDE.

¡Ah!... ¡la Francia!... ¡la Francia!... (*Sacando otra vez el pañuelo.*) Permita, señor, que enjugue otra lagríma. (*Lo hace.*)

CANUTO.

Enjugue usted todas las que quiera.... y aun llore á mares, si lo necesíta. No se violente usted por mí.

CONDE.

Desterrado de mi patria por mis opiniones, que parecer allí escentrícas, yo refugiarme en Madrid, donde ir á comer á la fonda de Peninsulares, y hoy tener el honor de conocer en la mesa á vos y á su amigo, y de traerlos á presentar á madama la generala, el ama de esta casa.

CANUTO.

Lo que le agradezco á usted infinito.

CONDE.

¡Oh! eso no valer nada.

LEONOR. (*Saliendo por el fondo.*)

Vamos, señores: al comedor, que el té espera. Rita, has los honores de la mesa en mi nombre, que necesito detenerme aquí un poco.

RITA. (*Dejando de tocar y levantándose.*)

Está bien.

LUIS.

Toca usted divinamente.

RITA.

Gracias.... favor que usted me hace.

LUIS.

No por cierto.

(*Le da el brazo á Rita, y se van por el fondo, siguiéndoles los jóvenes.*)

CANUTO.

¿Vamos, señor conde?... Ya no sé apartarme de usted.

CONDE.

Repito que yo ver que en su pecho haber un corazon bono....

CANUTO. (*Aparte.*)

¡Demonio de diablo!... lo mismo me dijo antes, cuando me pidió dinero.... ¿Si querrá sacarme mas?...

CONDE.

¿Querer vos darme?...

CANUTO. (*Aparte.*)

¡No lo dije!...

CONDE.

¿Vuestra mano?

CANUTO. (*Aparte.*)

Eso es otra cosa. (*Presentándole la mano.*) Con toda mi alma.

CONDE. (*Apretándole la mano y con tono sentimental.*)

¡El proscripto haber encontrado un amigo en la tierra estranjera!

CANUTO.

Me enternece usted.... Permítame usted, señor conde, que enjugue una lágrima. (*Lo hace.*)

CONDE.

Enjugad, enjugad, jovén.

(*Se agarran del brazo, y se van, siguiendo á los otros.*)

ESCENA II.

DONA LEONOR, SOLA UN INSTANTE, Y DESPUES EL DIABLO.

LEONOR. (*Despues de cerrar la puerta del fondo.*)

Se me figura que no quedan ya barajas preparadas, y es preciso no perder la ocasion de desplumar á esos dos pollos de provincia, que me han traido esta noche. (*Abre la alhacena secreta y saca de ella algunas barajas.*) Con efecto: todas estas han servido ya.... Necesito otras.... Se las tenia pedidas á don Higinio, y ni ha venido hoy, ni me las ha enviado.... No sé qué hacer.... (*Oye abrir la puerta, y se mete apresuradamente las barajas en el bolsillo.*)

DIABLO. (*Que sale por el fondo en figura de vieja, trayendo una cesta en el brazo y hablando con voz temblona.*)

Perdone usted, doña Leonor, si me cuelo como Pedro por su casa.... Vengo de parte de don Higinio.

LEONOR. (*Con satisfaccion.*)

¡Ah!... Me alegro mucho. (*Aparte, mirando al Diablo.*) No conozco esta cara.... ¿Será un espía?

DIABLO.

¡Pícaros años!... ¡cómo pesan!... Estoy fatigaa, doña Leonor.... Ya se vé ¡soy tan vieja!... mas que usted, pues tengo ya tres duros y medio... treinta y cinco años en cada pata. Me siento. (*Lo hace en el confidente.*)

LEONOR. (*Despues de una corta pausa y sin apartar los ojos del Diablo.*)

¿Dice usted que es don Higinio el que la envia? (*Se acerca á él.*)

DIABLO.

Justamente.... ¡Pobre señor!... la policía no le deja vivir en paz.

LEONOR. (*Asustada.*)

¿La policía?... ¡Dios mio!

DIABLO. (*Levantándose.*)

Como usted lo oye.... (*En tono confidencial.*) Como está muy vigilao, me dijo esta noche: «Señora Pancracia, es menester que vaya usted á ver á doña Leonor...» Debe usted saber que yo soy vecina suya: vivo en una de las guardillas de su casa; me llamo Pancracia, para servir á Dios y á usted, y tengo un puesto de hierro y ropas viejas en el Rastro, para lo que usted guste mandar. (*Hace una cortesía ridícula y toma un polvo.*) «Es menester que vaya usted á ver á doña Leonor,» me dijo, «pues como he sabio que el espetor me anda á los alcances, tengo necesiá de vivir con pruencia, y si mando á la mujer que me hace los recaos, como la conocen, la seguirán, la registrarán y la pondrán á la sombra.... usted, tia Pancracia, de quíen naide pué decir otra cosa sino que le gusta á usted ser útil á la juventud, me va á hacer la bondá de llevarle esto á doña Leonor, que vive en la calle de la Cruz, número 27, cuarto segundo.» Corriente, le respondí yo: allá voy. Y tomando el portante, no he parao hasta

aquí.... ¡Pícaros años!... ¡no pueo tènerme en pie!.. (*Se deja caer en el confidente y se hace aire con el delantal.*)

LEONOR. (*Aparte.*)

Su relato me parece muy natural.

DIABLO.

Pero ¡qué cabeza tengo!... ¡Pues no me habia olviao!... Tome usted. (*Le da dos barajas, que saca de la cesta.*)

LEONOR. (*Despues de un corto silencio, y siempre con desconfianza.*)

¿Qué preparacion tienen?

DIABLO.

¡Toma!... la que siempre. Además de estar cortaas en cola de pato, para amarrarlas en los entreses, hay cinco cuartetas con el pego: los ases, los doses y las figuras. Los ases lo tienen en el centro; los doses en la pinta; las sotas...

LEONOR.

Sí, sí: ya sé. (*Aparte.*) Vamos, es mujer de bien. (*Alto.*) Desconfiaba de usted, señora Pancracia.

DIABLO.

¡Caramba!...

LEONOR.

Le pido á usted perdon, y creo que me lo concederá, porque entre gente honrada, como nosotras, no debe haber rencillas.

DIABLO.

Seguramente.

LEONOR.

Pues venga esa mano.

DIABLO. (*Dándosela.*)

Con mucho gusto, doña Leonor.

(*Doña Leonor guarda las barajas en el bolsillo, y tira del cordon de la campanilla. Un criado se presenta en la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

DICHOS, UN CRIADO, Y DESPUES EL CONDE.

LEONOR. (*Al criado.*)

Que no me esperen para tomar el té: tengo visita.

(*Váse el criado.*)

CONDE. (*Saliendo sin ver al Diablo y hablando naturalmente.*)

¿Qué ocurre, Luisa?... (*Viendo que no estan solos.*) ¡Ah!... (*Hablando con acento francés.*) ¿Qué ocurre, madama la generala?

LEONOR.

No hay cuidado.... (*Señalando al Diablo.*) Es de las nuestras.... ha venido á traerme lo que sabes de parte de don Higinio. ¿Y los dos astorgueños?

CONDE. (*Hablando naturalmente.*)

Rita los tiene convertidos en jalea con las miradas que les echa.

(*El Diablo se sienta junto á la mesa.*)

LEONOR.

¿Has tomado ya té?

CONDE.

No: he preferido beberme tres copas de ron.

LEONOR.

¡Como si mi casa fuera una taberna!...

CONDE.

Vamos.... ¿la vas á echar conmigo de señora, porque estás vestida como ellas?

LEONOR.

¿No has de perder nunca la fea costumbre de la bebida?... Pues ya podias tener juicio.... ¡un hombre con mas de cincuenta y cinco años!...

CONDE.

¿Lo tienes tu acaso, y rayas en los sesenta?

LEONOR.

¡Mientes!...

CONDE.

No regañemos por eso.... No has cumplido aun los quince.... ¡Ea! dame un abrazo. (*Doña Leonor vacila.*) Vamos... dámelo.

(*Se abrazan.*)

DIABLO.

¡Angelitos!...

CONDE.

Haya paz en casa de la generala doña Leonor de Guevara.

DIABLO.

Y compañia.

CONDE.

¡Si supiesen los que concurren á tu tertulia que eres Luisa Lopez, antigua naranjera.... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

DIABLO.

Que ha estao en la galera por ladrona.... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

LEONOR.

Pero lo cierto es que mi casa se vé frecuentada por personajes, y si no, que lo diga la presencia en ella del señor conde de Cliff.

CONDE. (*Hablando con acento francés y saludando.*)

Vuestro servidor, madama la generala.... (*Rie.*)

LEONOR.

El señor conde de Cliff, que ha tenido que emigrar de Francia por legitimista.... (*Rie.*) Dime: ¿y si supiesen que te llamas Leonardo San José, y que eres inclusero?... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

DIABLO.

Y escapao de presillo, donde estaba por largo de uñas.... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

CONDE.

Soy digno de tí, Luisa.

DIABLO. (*Levantándose y acercándose á ellos.*)

Los dos, hijos mios, sois dinos el uno del otro... los dos no haceis mas que poner derecho el carro de la fortuna, cuando se os tuerce, y no veo mal en ello. ¿Qué culpa teneis vosotros de que haiga tontos en el mundo, que se dejen robar, ó ganar su dinero al juego con trampas?... Ejerceis una endustria, corderos mios, que pie misterio y destreza; pero que es una endustria como otra cualquiera.

CONDE.

Dice bien la vieja.

DIABLO.

Madrí es mú grande, y en él caben toos con desahogo: los chupaos y los que chupan.

LEONOR.

Es verdad.

DIABLO.

Para el que se la sabe buscar, Madrí es la Cachifornia; pero hay que tener cuidiao con los espectores de policía, que son mú truchas.

LEONOR.

¡A quién se lo dice usted, señora Pancracia!...

DIABLO.

Ya ven ustedes que entiendo la abuja de marear..

CONDE.

No hay duda, no hay duda, buena mujer... Ha hablado usted como un libro... Venga un abrazo. (*Se lo dá.*)

DIABLO. (*Riéndose y rechazándole.*)

Aparta, aparta, libertino... Vaya, quédense con Dios... ¡mucha pruencia!... Serviora de usted, doña Leonor.

LEONOR.

Yo lo soy de usted, señora Pancracia.

(*El Diablo hace una reverencia y se dirije á la puerta del fondo; y al mismo tiempo sale por ella corriendo Rita.*)

ESCENA IV.

DICHOS Y RITA.

RITA. (*Acercándose á doña Leonor y aparte á ella.*)

Todos me siguen.

LEONOR. (*Aparte á Rita, designando al Diablo.*)

Pues no quiero que la vean. (*Al Diablo, abriendo apresuradamente la puerta secreta.*) Venga usted, venga usted por aquí, señora Pancracia, y saldrá usted á la calle del Gato.

DIABLO.

Güeno, güeno... (*Hace otra reverencia.*) Güenas noches, hijos mios.

(*Doña Leonor y el Diablo se van por la puerta secreta; Rita se sienta al piano y toca; el Conde se recuesta en la chimenea, toma un album y lo hojea; los jóvenes y las mujeres salen por el fondo y se sientan; Luis y Canuto se presentan los últimos.*)

ESCENA V.

EL CONDE, RITA, LUIS, CANUTO, JÓVENES DE AMBOS SEXOS, Y LUEGO DOÑA LEONOR.

CANUTO. (*Al salir.*)

¡Hola! toca Ritita... Me alegro.

LUIS. (*Aparte á Canuto.*)

Chico, me ha dicho donde vive, y me ha dado permiso para que vaya á visitarla.

CANUTO. (*Aparte á Luis.*)

¡Ah bribon!.. ¡qué afortunado eres!... (*Acercándose á Rita.*) ¡Muy bien! ¡muy bien!

LUIS. (*Acercándose tambien á ella.*)

Toca usted con mucho gusto.

(*Doña Leonor sale por donde se fué y le hace una seña al Conde, que deja el album y se le acerca.*)

LEONOR. (*Aparte al Conde y dándole las barajas.*)

Toma.

CONDE. (*Aparte á doña Leonor y metiéndose las barajas en el bolsillo.*)

¿Estan como las otras?

LEONOR.

Sí.

CONDE.

Corriente.

LEONOR. (*Alzando la voz.*)

No, conde, no... eso no es para todas las noches.

UN JÓVEN.

¿Qué quiere?

LEONOR.

Que se juegue un poco al monte.

TODOS.

Sí, sí.

RITA. (*Dejando de tocar y levantándose.*)

¿Por qué no, haciéndolo con moderacion?... Yo tambien pondré alguna puesta pequeña de cuando en cuando.

LUIS.

Sin duda, sin duda.

CANUTO.

Yo arriesgaré hasta una peseta.

LEONOR.

Una vez que todos ustedes quieren... (*Toma dos barajas de la chimenea y las pone en la mesa.*) Aquí hay barajas... Siéntense ustedes.

(*El Conde, doña Leonor, Rita, Luis, las mujeres y uno de los jóvenes se sientan á la mesa; los demás se sitúan de pie detrás de ellos, y Canuto, de pie tambien, se coloca junto á su amigo.*)

RITA.

¡Dios mio!... ¡no traigo dinero!

LUIS.

¿Qué importa?... Yo seré su banquero de usted. (*Pone dinero delante de ella.*)

CANUTO. (*Aparte.*)

¡Muy lagarta me parece esta chica!

LEONOR. (*A Canuto.*)

¿Quiere usted tallar?

CANUTO.

Soy muy torpe para eso.

LEONOR.

Pues lo hará usted, conde. ¿Eh?

CONDE. (*Volviendo á hablar con acento francés.*)

Bono. (*Saca dinero, cambia disimuladamente una de las barajas con otra de las que tiene en el bolsillo; baraja y da á cortar.*)

CANUTO. (*Aparte.*)

¡Demonio de diablo!... ¡Ha cambiado una de las barajas con otra, que ha sacado del bolsillo!... ¡Esto me huele mal!...

CONDE. (*Echando cartas.*)

Rey... y siete.

UN JUGADOR.

Un duro al rey. (*Lo pone.*)

RITA. (*Poniendo otro.*)

Otro yo.

LUIS.

Y yo dos, por usted y por mí. (*Los pone.*) Jugarémos de vaca.

LEONOR.

Una peseta al siete. (*La pone.*) Yo siempre hago la oreja.
(*Los demás hacen tambien sus puestas.*)

CANUTO.

Venga el gallo, que voy á jugar de pároli.

CONDE. (*Echando cartas.*)

Ya estar. Cuatro y as.

CANUTO.

Dos cuartos al cuatro y al siete.

RITA.

No se admiten cuartos... ensucian las manos.

CANUTO.

Pues ahí va ese realito. (*Lo pone.*)
(*Hacen puestas.*)

CONDE.

Juego. (*Tira.*)

LUIS. (*A Rita, despues de una pausa corta.*)

Perdimos. Doblaré al entrés.

CONDE. (*Despues de cobrar y pagar.*)

¡Entrés!
(*Hacen puestas, y el Conde sigue tirando.*)

LUIS. (*Tambien despues de un momento de silencio.*)

Perdí igualmente. Juego abajo. Una onza al as. (*La pone.*)

RITA.

¡Que se le van á usted los pies!

LUIS.

No hay cuidado.

(*Nuevas puestas.*)

CONDE.

Poco á poco, señores. Esto entrar ahora, y deber estar separado... Juego. (*Tira.*)

LUIS.

Mala suerte tenemos, Ritita: ahí está ya el cuatro.

RITA.

Lo siento por usted.

LEONOR.

Esa media peseta, que gana, es mia.

CANUTO.

¡Señora, si es la de mi pároli!

LEONOR.

Se equivoca usted... la he puesto yo.

CANUTO.

Pues usted dispense. (*Aparte.*) ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... ¿Qué generala es esta, que levanta muertos?... ¡Demonio de diablo!

LUIS. (*Al Conde.*)

¿Tira usted ese entrés?

CONDE.

Sí, sí. Entrés abaco.

LUIS.

Le juego mil reales. Ahí vá un billete. (*Lo pone.*)

CONDE.

Bono. (*Tira.*)

LEONOR. (*A Luis.*)

Mucho va usted cargando las puestas, y aquí no se trata sino de divertirnos.

LUIS.

Y es lo que yo hago, señora.

LEONOR.

¿Ve usted?... Tambien ha perdido: otro cuatro.

LUIS.

¿Y qué importa?

CANUTO. (*Aparte á su amigo.*)

No juegues mas, Luis: te lo aconsejo.

LUIS. (*Aparte á Canuto.*)

¡Déjame en paz. (*Al Conde.*) ¿Hay elijan?

CONDE.

Sí, si vos querer: yo siempre dar gusto al punto.

LUIS.

Pues elijo el cuatro de bastos, y juego dos mil reales. Ahí están. (*Echa dos billetes en la mesa, que saca de una cartera.*)

CONDE.

Juego. (*Vuelve la baraja.*)

CANUTO. (*Viendo que el Conde ha saltado una carta.*)

¡Caramba!...

LEONOR.

¿Qué le pasa á usted?

CANUTO.

Nada... nada... es que me ha dado un calambre en esta pantorrilla. (*Aparte.*) ¡Le he visto saltar una carta!.. ¡Es un bribon el tal conde francés!

RITA.

¡El as!... (*A Luis.*) Mala suerte tiene usted, y vamos á arruinarnos esta noche.

LUIS.

Ya verá usted como al fin ganamos.

CANUTO. (*Aparte á Luis.*)

No juegues mas, por Dios: tengo mis razones para hablarte así. Vámonos.

LUIS. (*Aparte á Canuto.*)

¿Por qué?

CANUTO. (*Lo mismo.*)

Luego te lo diré. Ven.

LUIS. (*Lo mismo.*)

Vete tú, si quieres... yo me quedo.

(*Durante lo que antecede, el Conde ha barajado, le han cortado y ha echado cartas para una nueva talla.*)

CONDE.

Dos... y cinco.

LUIS.

Copo al dos. (*Pone la cartera en la mesa.*)

CANUTO. (*Apoderándose de la cartera.*)

¡No lo permito!

LUIS.

¿Cómo te atreves?...

(*Murmullo entre los jugadores.*)

CANUTO.

No lo permito, porque... ¡porque te estan robando!...

TODOS. (*Levantándose.*)

¡Ah!

(*Las mujeres se retiran al fondo, menos doña Leonor, que se ocupa en recojer las cartas de la mesa.*)

CANUTO.

¡Porque el conde de Cliff es un tahur, un ladron!...

CONDE. (*Metiéndose en los bolsillos el dinero que hay en la mesa.*)

¡Esa injuria pedir sangre!

(*Doña Leonor, que ha recojido todas las cartas, las guarda en la alhacena.*)

CANUTO.

Probablemente será usted tan conde como yo soy monaguillo... Ahora mismo voy á dar parte á la policía de lo que aquí se hace. (*Se dirije al fondo.*)

MUJERES. (*Asustadas y gritando.*)

¡Huyamos!... ¡huyamos!... (*Vánse todas por el fondo, menos doña Leonor.*)

CONDE. (*A Canuto, corriendo á cerrar la puerta del fondo.*)

¡No salir vos!

CANUTO. (*Bajando al proscenio.*)

¡Demonio de diablo!.... las mujeres se han escurrido, como en el quinto acto de Lucrecia Borgia... ¡Luis, estamos en una cueva de bandidos!

LUIS. (*Apoderándose de una silla.*)

¡Ay del primero que se me acerque!

CONDE.

¡Vos desafiar!... ¡Mecor!

(*Toma otra silla, y los demás le imitan. Doña Leonor entreabre la puerta del fondo y acecha por ella.*)

CANUTO. (*Asustado y gritando.*)

¡No queremos pelearnos, sino irnos de aquí!... ¡Déjennos ustedes la puerta franca!...

(*El Diablo, vestido de pilluelo, sale por la puerta secreta.*)

ESCENA VI.

LUIS, CANUTO, EL CONDE, DOÑA LEONOR, EL DIABLO, JUGADORES, Y DESPUES UN INSPECTOR DE POLICIA Y VARIOS GUARDIAS CIVILES.

DIABLO. (*Señalando la puerta por donde ha salido á Luis y Canuto.*)

Esta lo está, señoritos.

CANUTO.

Pues por ella me cuelo ... Ven, Luis, ven.

(*Se lleva á Luis por la puerta secreta, que en seguida cierra el Diablo y se apoya de espaldas en ella.*)

CONDE. (*Acercándose al Diablo con la silla levantada.*)

¡Tú pagar por ellos, pilluelo maldito!

DIABLO. (*Sacando una navaja y esperando al Conde con ella en una mano y la gorra en la otra, puesto en guardia como los barateros.*)

¡A ver! ¡venga usted!...

LEONOR.

¡La policía!

(*Todos sueltan las sillas, asustados.*)

CONDE. (*Aparte.*)

¡Con esa no se juega!

(*Corre á la puerta secreta, que se abre, y se encuentra con dos guardias civiles, que le impiden el paso. Los demás, que han intentado huir al mismo tiempo por las otras puertas, las encuentran tambien guardadas por guardias civiles, y en la del fondo hay además un Inspector de policía.*)

DIABLO. (*Con acento burlon, señalándole al Conde los guardias.*)

¡Pase el señor conde de la Ganzúa!

CONDE. (*Aparte.*)

¡Me atraparon!

INSPECTOR.

Luisa Lopez, que se hace llamar la generala doña Leonor de Guevara, encubridora de ladrones.... y usted, Leonardo San José, desertor de presidio, que se oculta con el título de conde de Cliff y se supone francés.... vengan ustedes presos. En cuanto á los demás, como esta casa me es tan sospechosa, me veo en la precision de llevarme á ustedes en clase de detenidos, para que se averigüe cual es su manera de vivir.

CONDE. (*Al Diablo, hablando naturalmente.*)

¿Y tú, que nos has delatado sin duda, quién eres?

DIABLO.

Un habitante de la luna, que viajo por la tierra para mudar de aires.

(*El Inspector hace una seña á los guardias, quienes se apoderan de doña Leonor y los jugadores, que en vano intentan escaparse.—Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

LAS SIRENAS.

Gabinete de la casa de Elisa. Puerta en el fondo y laterales, estas con tapices. Chimenea á la izquierda, y en su piedra un bastidor pequeño y lo necesario para bordar. A la derecha del proscenio, tocador, y cerca de él un sofá y una banqueta para poner los piés; á la izquierda del mismo proscenio un velador con una botella de vino de Málaga y copas. Butacas, sillas, reloj, jarros de flores, etc. Los muebles deben ser de mucho lujo.

ESCENA PRIMERA.

JULIA Y RITA.

(*Al levantarse el telon, aparecen sentadas en el sofá.*)

RITA.

Díme Julia: ¿y tu Canuto?

JULIA.

¿Mi Canuto?... Lo estoy educando... Al principio no me regalaba sino ramitos de flores de dos cuartos... pero ahora ya es otra cosa... Ha entrado en la elegancia... tiene caballos, un lacayo, que no levanta dos pies del suelo, y carruaje alquilado por meses.

(*Se oye el ruido de un carruaje, que se para.*)

RITA.

Sin duda vuelve Elisa. ¿Sigue Luis enamorado de ella?

JULIA.

Mas que nunca... y creo que Elisa le quiere... ¡Es tan buena muchacha!...

RITA.

Sí: muy buena muchacha... de lo que no se encuentra.

(Elisa, vestida con riqueza y elegancia, sale por el fondo; Rosa, que lo hace al mismo tiempo por la derecha, se acerca á ella, y Julia y Rita se levantan.)

ESCENA II.

JULIA, RITA, ELISA Y ROSA.

ELISA.

¡Ah!... ¿tanto bueno en mi casa, hijas mias?...

JULIA.

Hace rato que te esperamos, Elisa. Me encontré aquí á Rita, que aguardaba tu vuelta, y nos hemos entretenido conversando.

(Se besan, y en seguida Elisa se quita el sombrero y la manteleta de entretiempo, que trae puesta, y entrega ambas prendas á Rosa, que se va con ella por la puerta de la derecha.)

RITA.

¿Vienes del Retiro?

ELISA.

No.

JULIA.

¿Cómo es que no has querido aprovechar el primer rayo del sol de mayo?

ELISA.

No he podido.

(*Julia se sienta en el sofá; Rita se apoya en su respaldo, y Elisa se alisa el pelo delante del tocador.*)

ROSA. (*Saliendo por donde se fué.*)

Señora, la señora mayor ha estado ahí.

ELISA.

¡Ah! ¿ha venido mi mamá?... ¿Qué queria?

ROSA.

Nada mas que ver á usted.

ELISA.

¿Ha sido usted atenta con ella?

ROSA.

¡Vaya!... si señora.

ELISA.

Es que el otro dia estuvo usted insultante en las respuestas que le dió.

ROSA. (*Sin saber que decir.*)

Señora, es que...

ELISA.

No quiero que vuelva á suceder eso... Mi mamá es fastidiosa, convengo en ello..... pero al fin es mi madre..... ¿Quién mas ha venido?

ROSA. (*Sacando papeles.*)

Han traido estas dos cuentas, y como me dejó usted dinero, las he pagado. (*Dándole los papeles.*) Tome usted.

ELISA.

Bien. No la necesito á usted ahora.

(*Rosa se va por el fondo.*)

JULIA.

¿Conque eres mujer que pagas á tus acreedores?

ELISA.

Seguramente.

JULIA.

¡Cuando digo que eres una buena muchacha!...

ELISA. (*Riéndose y guardando las cuentas en el cajon del tocador.*)

Quiero que se me estime en el mundo... Se puede arruinar á banqueros y á duques; pero se le debe pagar al tendero.

ROSA. (*Saliendo por el fondo.*)

¿Señora?...

ELISA.

¿Qué hay?

ROSA.

El criado del señor don Luis Aguirre.

ELISA.

Que entre.

(*Rosa hace señal desde la puerta del fondo, y el criado sale por ella.*)

ESCENA III.

DICHAS Y UN CRIADO.

CRIADO (*Saliendo con un estuche en la mano.*)

Traigo esto de parte de mi amo.

ELISA.

¿Qué es? (*Rosa toma el estuche y se lo entrega á su ama, que lo abre.*) ¡Ah! una cruz de diamantes.

RITA. (*Mirando por encima del hombro de Elisa.*)

¡Qué preciosa!... ¡qué hermosas piedras!...

JULIA. (*Al Criado, levantándose.*)

¿Don Canuto no le ha dado á usted nada para mí?

CRIADO.

No señora.

ELISA. (*Al Criado.*)

Puede usted retirarse.

(*El Criado y Rosa se van por el fondo.*)

ESCENA IV.

ELISA, JULIA, RITA Y DESPUES ROSA.

RITA. (*A Elisa.*)

¡Qué dichosa eres!

JULIA.

¿Qué haces con tus infinitas alhajas, Elisa?... Siempre llevas los mismos pendientes, el mismo collar, las mismas pulseras... ¿Estás formando una coleccion de piedras preciosas, ó un museo de diamantes?...

ELISA. (*Muy alegre.*)

¡Diamantes!... Vine al mundo sin ellos, y sin embargo les parecí bonita á cuantos me vieron... Me los pongo, porque la pedrería es

nuestro uniforme... pero el placer es el mejor diamante... y ese no se encuentra en casa de Pizala. (*Pone el estuche en el tocador.*)

RITA.

¿Y el amor?

ELISA.

El amor... es la cosa mas nécia que hay en el mundo, el dios mas idiota de todos los dioses, pues se encierra en un cuarto para conjugar el verbo amar... El amor se parece al encargado de sacar á paseo los niños de un colegio, que hace caminar de dos en dos á los pobres humanos...

JULIA. (*Riéndose.*)

Es verdad.

ELISA.

¡Viva el placer, que canta, que rie con las ventanas abiertas, ó al aire libre!... ¡el placer, que vive en nuestra casa y con nosotras... que se halla en nuestros ramilletes de baile, en las flores de nuestras cabezas, en el crugir de nuestros vestidos de seda, en nuestras miradas!...

JULIA.

Buen humor tienes hoy.

ELISA.

Como siempre. Despues de la vida viene la muerte... pero mientras vivamos, gocemos.

JULIA Y RITA.

Dice bien.

(*Elisa se sienta en el sofá, y las otras á los lados del velador.*)

ROSA. (*Saliendo por el fondo.*)

¿Señora?

ELISA.

¿Otra vez?

ROSA.

Ahí están dos muchachas, empeñadas en hablar con usted.

ELISA.

¿Dos muchachas?

ROSA.

Dos lugareñas. Por el traje me parecen castellanas.

ELISA.

Que entren, verémos que quieren.

(*Rosa introduce á Mercedes y á Marta, que se quedan en el fondo, cortadas y muy unidas la una á la otra. Mercedes trae en la mano un lio pequeño de ropa. Rosa se va por el fondo.*)

ESCENA V.

ELISA, JULIA, RITA, MERCEDES, MARTA, Y DESPUES ROSA.

MARTA. (*Aparte, á Mercedes.*)

Tengo miedo no sé de qué, prima.

MERCEDES. (*Aparte mirando á Elisa.*)

¡Esa es!... ¡estoy segura de que es esa!

JULIA. (*Examinando con la vista á las recien llegadas.*)

No son feas esas chicas.

ELISA. (*A las dos jóvenes, que permanecen inmóviles en el fondo.*)

Acérquense ustedes. (*Mercedes y Marta se adelantan hasta el centro de la escena.*) ¿Qué quieren ustedes? (*Se pone unos quevedos y las mira atentamente.*)

MERCEDES. (*Cortada.*)

Señora... vengo á pedirle á usted un favor..... pero apenas me atrevo.

ELISA.

Hable usted sin miedo, que no me como á la gente.

MERCEDES. (*Algo mas resuelta.*)

Soy castellana vieja, recien llegada á Madrid... y esta paisana mia, (*Señalando á Marta.*) que está en la corte hace algun tiempo, me ha aconsejado que me dirija á usted, y que... puede ser que usted me coloque en alguna casa. Si lo hace usted así, señora, esté usted segura de que tendré contentos á mis amos..... y si me recibiese usted... si me quedase aquí...

RITA.

Parece buena muchacha, y muy inocente...

JULIA.

En 1853 tenia yo el mismo aire candoroso de esa chica.

ELISA.

Hija mia, de buena gana hiciera lo que usted desea... pero...

MERCEDES.

Recíbame usted, señora, recíbame usted... me dará usted lo que quiera... con poco me contento... y no dudo que le sabré dar á usted gusto.

ELISA.

¿Qué sabe usted hacer?

MERCEDES.

Sé coser... sé...

MARTA.

De todo sabe un poco... no es como yo, que me crié guardando ganado... (*Haciendo una cortesía.*) para servir á ustedes.

ELISA. (*Mirando á Mercedes con los quevedos.*)

Estoy por admitirla...

JULIA Y RITA.

Sí, sí: quédate con ella.

JULIA.

Si tú no la tomas, me la llevo yo. (*A Mercedes.*) ¿Quieres servir en mi casa?

MERCEDES. (*Vivamente.*)

No señora, no... aquí es donde necesito... (*Comprendiendo que ha dicho lo que no queria.*) es decir: donde deseo quedarme.

ELISA.

Pues bien: quédate para la costura.

MERCEDES.

Muchas gracias, señora. (*Aparte.*) ¡Le veré!

MARTA. (*Aparte.*)

¡Pícaro Canuto!... ¡cómo te eche la vista encima!...

ELISA. (*A Mercedes y á Marta, señalando á la puerta de la izquierda.*)

Entren ustedes por ahí, y esperen en esa pieza inmediata, que sigo á ustedes.

(*Mercedes y Marta saludan y se van por la izquierda.*)

ROSA. (*Saliendo por el fondo.*)

Don Luis y don Canuto suben por la escalera. Los he visto por el ventanillo.

ELISA.

Está bien. He admitido á una de esas jóvenes para costurera: que deje su ropa en la alcoba del comedor.

ROSA.

Bien, señora. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA VI.

ELISA, JULIA, RITA, Y DESPUES CANUTO Y UN LACAYUELO.

JULIA. (*A Luis, que entra por el fondo.*)

Bien venido, buena alhaja.

ELISA. (*Sentada siempre, y alargándole la mano.*)

Venga acá el hombre de los diamantes, que tengo que regañarle.

LUIS. (*Acercándose á ella.*)

¡Ah! ¿han traido ya?...

ELISA.

Sí. ¿A qué ha sido esa locura?...

(*Luis la besa la mano, se sienta á su lado en el sofá, y ambos hablan en voz baja durante toda la escena. Canuto sale por el fondo, seguido de un lacayo casi imperceptible, que trae en el brazo un gaban de entretiempo, y ambos se quedan cerca de la puerta. Aquel se presenta vestido á la última moda, con quevedos y un bastoncito en la mano.*)

CANUTO.

Deja mi gaban en la antesala, John, y vete con mi alazan y mi americana. Cuida mucho á los dos cuadrúpedos, que me han costado muy caros y no tienen iguales en Madrid. (*El lacayo se va, y Canuto se adelanta.*) Bellas damas, se os besan los pies.

JULIA. (*Levantándose y saliéndole al encuentro.*)

¿Traes tú tambien diamantes para mí, Canutito?

CANUTO. (*Quitándose de un ojal una amapola.*)

No; pero te regalo este linda flor de los campos. (*Besa la amapola y se la presenta.*)

JULIA. (*Tomando la amapola con muestras de descontento*)

¡Una amapola!...

CANUTO.

¡Diamantes!... ¡Quita allá!... Quiero ser amado por mí mismo y por mis gracias personales.

(*Rita se rie.*)

JULIA.

Y yo quiero diamantes.

CANUTO.

Los diamantes no estan en moda... son de mal género... no se ven mas que en las tiendas donde los venden.

JULIA.

Sean ó no de moda, vas á regalarme algunos... Ponte el sombrero y vé por ellos.

CANUTO.

Pero ¡hija!...

JULIA.

Si no lo haces así, diré que no eres elegante. (*Se vuelve á sentar junto al velador.*)

CANUTO.

¿Qué no soy elegante? ¡cuando soy el rey de la moda!... ¿No me pongo prendas ridículas y que me estorban?... Luego soy elegante.

JULIA.

¡Si te parecieses al marqués del Velo!...

RITA.

¡Oh! ese si que es el rey de la moda.

CANUTO.

¿Quién?... ¿un americano chiquitin, que tira el oro á puñados?

RITA.

En Madrid no se habla mas que de él.

JULIA.

¡Qué generoso!... siempre lleva los bolsillos llenos de piedras preciosas, para regalarlas.

CANUTO.

Vámos, Danae: tu Júpiter va á trasformarse en lluvia de oro. Corro á comprarte una sortija, ó un pañuelo de Manila, ó una casa en Carabanchel de Arriba... en fin algo.

JULIA. (*Levantándose apresuradamente y acercándose á él.*)

¿Sí?... Pues vé, y vuelve al instante.

CANUTO.

No tardo dos minutos. (*Saludando á Rita y á Julia.*) Hasta luego. (*Se vuelve hácia Elisa y la saluda tambien, que no lo vé por estar engolfada en su conversacion con Luis, y se dirije al fondo.*)

RITA. (*Levantándose, á Julia.*)

Vamos á ver á nuestras protegidas.

CANUTO. (*Volviendo.*)

¿Quién son esas protegidas?

JULIA. (*Empujándole.*)

No te importa. Vete.

CANUTO.

Me voy. (*Yéndose.*) ¡Así se nos arruina á nosotros los caballeros!... ¡Qué no soy elegante!... ¡demonio de diablo!...

(*Canuto se vá por el fondo, y Julia y Rita por la derecha.*)

ESCENA VII.

ELISA Y LUIS.

ELISA. (*Enseñándole á Luis la cruz de diamantes.*)

¿Vés?... Estan montados al aire, y las aguas de estas piedras no pueden ser mejores... Preciosa es la cruz; pero no consiento que gastes tanto por causa mia..... Soy una buena muchacha, que no quiere arruinar á nadie, y menos á tí.

LUIS.

¿Quién se deja arruinar en el mundo?

ELISA.

Sucede rara vez; pero sucede... y debes evitarlo. ¡Jesus! ¡qué mal puesta tienes la corbata!..... ¡Qué hombre este, que aun no sabe vestirse!... (*Dejando el estuche en el tocador.*) Arrodíllate aquí. (*Le acerca la banqueta, Luis se arrodilla en ella, y Elisa le arregla el lazo de la corbata sin dejar de hablar.*) No hay duda en que los diamantes son entre las piedras preciosas las mas bellas, y á mí me encantan... pero te repito que soy una buena muchacha....

LUIS.

Eres un ángel. (*Se vuelve á sentar.*)

ELISA.

Gracias... Luis, es preciso ser en el mundo prudente y económi-

co... De mí no oirás sino buenos consejos, y debes seguirlos... Pero hablando de otra cosa..... ¡qué hermosos caballos de tiro he visto hoy!

LUIS.

¿De quién son?

ELISA.

De Eugenia... y los vende porque se va de Madrid.

LUIS.

¿Los quieres?

ELISA.

¿Volvemos á las locuras?.... Ya siento haber hablado de eso.... ¡Ah! ahora me acuerdo de que debo estar furiosa contigo.

LUIS.

¿Conmigo, que te amo tanto?

ELISA.

¿De veras?

LUIS.

¿Puedes dudarlo?

ELISA.

¿Pues y la novia, que me han dicho tienes en Astorga?

LUIS.

¡Ah! esos amores pasaron... era mas bien una amiga... una niña con quien me crié...

ELISA.

Conozco eso... una amiga, con la que verias volar las golondrinas en las tardes de verano... Tambien á mí me gustaban mucho esos

pájaros... ¡somos tan nécios en la niñez!... ¿Y cómo se llamaban tus idilios?

(*Mercedes levanta el tapiz de la puerta de la izquierda, y escucha.*)

LUIS.

Mis idilios se llamaban Mercedes.

ELISA.

Me gusta el nombre.

LUIS.

Verdaderamente son ridículos los amores de esa especie.

ELISA.

¿Y has olvidado á esa chica?

LUIS.

No es posible amar á dos á un tiempo, y á tí te adoro.

ELISA.

¿Conque la has olvidado?

LUIS.

Sí.

ELISA.

¿Para siempre?

LUIS.

Para siempre.

ELISA. (*Dándole la mano.*)

Te creo. (*Toma el estuche, le abre, y se dirige á la izquierda, mirando la cruz.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, MERCEDES, Y DESPUES MARTA.

MERCEDES. (*Quitándose la cruz de oro, que trae al cuello, acercándose á Elisa y presentándosela.*)

Tome usted, señora.

LUIS. (*Aparte y con estupefaccion.*)

¡Mercedes!...

MERCEDES. (*A Elisa.*)

Aquí hay otra.

LUIS. (*Lo mismo.*)

¡Mercedes en Madrid!...

ELISA. (*Sorprendida.*)

¿Qué me dá esta muchacha?

MERCEDES. (*Insistiendo en presentar la cruz á Elisa.*)

Tómela usted. No es tan rica como la suya, señora, no tiene diamantes... es una cruz sencilla... pero como está bendecida, tal vez le traiga á usted ventura.

ELISA. (*Tomando maquinalmente la cruz.*)

¿Qué significa?...

MERCEDES.

La he engañado á usted, señora... (*Movimiento de Elisa.*) Queria penetrar en esta casa, para averiguar si era verdad lo que me habian dicho... y como ya sé que lo es, nada tengo que hacer aquí. Quede usted con Dios, señora. (*Se dirije al fondo.*)

ELISA.

Comprendo: esa es Mercedes...

MERCEDES. (*Volviendo.*)

No señora... no soy Mercedes... Mercedes ha muerto... Mercedes era la amiga de la niñez de don Luis Aguirre.... su hermana... la primera á quien amó... (*Elisa se sienta junto al velador, en el que pone el estuche.*) Existió allá... en Astorga... (*A Luis.*) donde usted la conoció... pero la Mercedes de otro tiempo... La Mercedes amada..... ha muerto..... ¿No es verdad, don Luis Aguirre, que ha muerto?... (*Llora.*)

LUIS.

¡Mercedes!...

MERCEDES. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*)

Desde ahí le he oido á usted renegar de nuestra felicidad pasada... Todo ha concluido entre nosotros... ¡Cómo ha de ser!... (*Con la mano en el corazon.*) Este me dice que ya somos estraños el uno para el otro... ¡Adios para siempre! (*Da algunos pasos para irse.*)

ELISA.

Niña... Luis puede elegir entre las dos.

(*Movimiento de Luis.*)

MERCEDES. (*Volviendo.*)

No señora... yo tambien tengo orgullo... y no quiero que usted sea mi rival.

ELISA. (*Levantándose y con altivez.*)

¿Cómo es eso?...

MERCEDES.

Me olvidaba de que estoy en la casa de usted... que él la ama á usted .. y que no me ama á mí... Quede usted con Dios.

MARTA. (*Saliendo por la izquierda y corriendo á Mercedes.*)

¿Te vas, Mercedes?

MERCEDES. (*Tomándole una mano.*)

Ven... no es este nuestro sitio... y los que nos aprecian aun, estan muy lejos.

LUIS. (*Acercándose á ella.*)

¡Mercedes!...

MERCEDES. (*Con tristeza, cerca de la puerta del fondo.*)

¿No le he dicho á usted ya, Luis, que Mercedes ha muerto? (*Vivamente á Marta.*) Ven, ven.

(*Las dos se van por el fondo, y Luis las sigue hasta la puerta, donde se detiene indeciso.*)

ESCENA IX.

ELISA Y LUIS.

(*Larga pausa, durante la cual Luis se adelanta pensativo y se sienta junto al velador, mientras Elisa pasa á la derecha.*)

ELISA. (*Delante del tocador, colgándose del cuello la cruz de oro.*)

Se quiere hacer la interesante esa chica. (*Nuevo silencio, y luego añade, volviéndose á Luis:*) ¿Nada dices, Luis?

LUIS.

Ya ves que callo.

ELISA.

¿Vuelven á cautivar tu corazon las golondrinas?

LUIS.

No, Elisa... pero ha sido mi amiga en la infancia, y mi corazon se despide de esos recuerdos. Esto es todo.

ELISA. (*Acercándose á él.*)

Te he afligido, y me pesa .. Perdóname... A veces digo ciertas

cosas sin pensar... pero en el fondo soy una buena muchacha... ¿Me perdonas?

LUIS. (*Levantándose y tomándole una mano.*)

¡Elisa!...

ELISA. (*Con voz cariñosa.*)

Ven luego con tu carruaje, y me llevarás al Prado... ¿Te gusta eso?

LUIS. (*Besándole la mano.*)

¡Me encanta!

(*Se oye reir dentro á Julia y á Rita.*)

ELISA.

Mis amigas me esperan.

JULIA Y RITA. (*Dentro.*)

¡Ven, ven, Elisa!

ELISA. (*Yéndose.*)

Aquí me teneis.

(*Entra corriendo por la puerta de la izquierda; Luis la sigue hasta ella y la mira alejarse.*)

ESCENA X.

LUIS, CANUTO, Y LUEGO ROSA.

CANUTO. (*Saliendo por el fondo con un estuche en la mano.*)

¡Qué no soy elegante!.. ¡Como el que mas!... (*Viendo á Luis y guardando el estuche.*) ¿Qué haces ahí tan pensativo y solo, Luis?... ¿Hay ideas negras?... Pues es preciso osearlas con el abanico del placer y el plumero de la filosofía. (*Consigo mismo.*) ¡Qué no soy elegante!...

LUIS.

Canuto, te voy á asombrar. Hace un momento ocupaba Mercedes el lugar que tú ocupas ahora.

CANUTO. (*Admirado.*)

¡Mercedes aquí!...

LUIS.

Con Marta.

CANUTO.

¡Marta tambien!... ¡Demonio de diablo!... Porque he tenido alguna familiaridad, algunas chanzas con esa chica, ya supone... No puede tratarse con gente sin educacion... (*Sentándose en el sofá.*) se pegan á uno como una lapa... se incrustan.... ¿Pues no somos dueños de hacer lo que nos dé la gana?

LUIS.

Sin duda... Somos libres, independientes... podemos hacer lo que mejor nos parezca con nuestro dinero y con nuestras personas.

CANUTO.

¿Con nuestro dinero?... ¡No lleva mal paso nuestro dinero!... Dichosamente vamos á nadar en oro dentro de poco..... ¡Qué buena idea tuvimos ayer de entrar en la Bolsa!... (*Levantándose.*) ¡La Bolsa!... ¡lugar de honradez y probidad!... Dígalo el excelente sugeto, que encontramos en ella y que nos propuso ese magnífico negocio de las minas de sal de Cataluña, al que hemos dedicado cuanto poseemos... pero me ha jurado que obtendrémos beneficios inmensos... Lo que es tú no tenias confianza.

LUIS.

Naturalmente... como que nada entiendo de esos negocios... pero ello es que hemos hecho lo que has querido.

CANUTO.

Sí: logré vencer tus escrúpulos, y me lo agradecerás cuando nos

encontremos poderosos... tanto tal vez como ese marqués del Velo, de quien todos hablan en Madrid..... Por cierto que me disgusta soberanamente el tal mequetrefe, y en la primera ocasion que se me presente... (*Figura tirar una estocada.*)

ROSA. (*Saliendo por el fondo y anunciando.*)

¡El señor marqués del Velo!

LUIS.

¡El aquí!..... ¡en casa de Elisa!..... ¡Caro va á pagar su atrevimiento!

CANUTO.

¡Demonio de diablo!... ¡le vamos á poner las peras á cuarto!

(*Sale por el fondo el Diablo con elegante traje de caza, con bigotes y un latiguillo en la mano. Despues de su salida se va Rosa por la izquierda.*)

ESCENA XI.

LUIS, CANUTO, EL DIABLO, Y LUEGO ROSA.

LUIS. (*Corriendo al encuentro del Diablo.*)

¿Con qué derecho, señor mio?... (*Conociéndole y quedándose petrificado.*) ¡Ah!

CANUTO. (*Imitando á Luis.*)

¿Cómo osa usted?... (*Conociéndole tambien.*) ¡Toma!...

DIABLO. (*Tranquilamente y sonriéndose.*)

¿Va bien, señores?...

LUIS.

¡Usted aquí!...

CANUTO.

¡En nuestros dominios!...

DIABLO. (*Con tono ligero.*)

Al contrario: ustedes son los que se hallan en los mios... estan en mi casa.

LUIS.

¿En su casa de usted?

DIABLO.

Es claro... este es uno de mis infiernos... (*A Luis.*) ¿No te dije que nos encontrariamos en todos ellos?... (*Recostándose en el sofá y dejando á su lado el latiguillo.*) Vengo de cazar.... he empleado toda la mañana en correr liebres, y estoy cansado.

LUIS.

Esta broma será de muy buen género... pero se prolonga demasiado... y le declaro á usted...

DIABLO.

Eres muy fastidioso. (*Saca una elegante petaca y una lujosa fosforera; toma un cigarro, lo enciende, y continúa la conversacion fumando.*) ¿De qué te quejas?... Me encuentras en el ambigú del Circo de Paul, y tengo la bondad de darte buenos consejos... caes en la gazapera de Luisa Lopez, ó sea de doña Leonor la generala, como ella se hacia llamar, y te saco de allí... Me parece que esto es conducirse contigo como buen diablo..... y por premio de mis favores, cuando te hallo en mi casa... porque te repito que estoy en mi casa... me preguntas que con qué derecho vengo á ella... ¡Ay! ¡los hombres son todos ingratos!..... Decididamente valen mas las mujeres... Elisa, por ejemplo...

LUIS. (*Furioso.*)

¡Elisa!... Lo que es á esa te la disputaré...

DIABLO.

Ta! ta! ta! ta!... No me la disputarás.

LUIS.

¡Lo verémos!... (*Se dirije al fondo con agitacion.*)

CANUTO. (*Al Diablo.*)

¡Pues como se atreviese usted á poner sus miras en Julia!...

DIABLO. (*Levantándose y acercándose á Canuto.*)

¿Por qué no?

(*Luis vuelve y se sienta en el sofá.*)

CANUTO. (*Exasperado.*)

¡Julia me ama, señor mio!... ¡soy el único hombre á quien ha amado verdaderamente!...

DIABLO. (*Riéndose y echándole en la cara una bocanada de humo.*)

Pues será mia..

CANUTO. (*Con orgullo.*)

La defenderé... mi amor la rehabilitará...

DIABLO. (*Riéndose siempre y sentándose en una bataca, que arrastra desde junto al velador hasta el medio del proscenio.*)

¡Por mis cuernos que sois los dos estúpidos!... ¿Conque dais valor á esos amoríos?... Vamos, sois mas..... maragatos de lo que se me figuraba. El amor no anida aquí, pobres hombres... esas niñas lo han despedido, porque no metía bastante bulla... y no viene por esta casa nunca... ni aun envia tarjeta en los dias del ama de ella... ahora vive en todas partes, menos aquí. El amor necesita estimacion... pero todos sois lo mismo... amais á las mujeres que os hacen reir... y no estimais á las que haceis llorar!... (*Cambiando de tono.*) ¡Y todo para dar gusto al diablo!

CANUTO. (*Con tono burlon.*)

¿Conque el siglo presente no tiene el placer de agradar al señor Belcebú?

DIABLO.

¡El siglo presente!... ¡buen siglo está!... ¡un siglo en el que los hombres se comen en la mesa del vicio el dote de la virtud!...

LUIS.

¿No crees en la de las mujeres?

DIABLO. (*Con tono formal, levantándose y tirando el cigarro.*)

Si tal... las hay virtuosas... y son muchas... lo que me causa gran perjuicio. Hay mujeres honradas, que no se apartan de las cunas de sus hijos, siendo jóvenes y bellas... He querido algunas veces hacerlas caer en la tentacion, y nada he conseguido, porque me responden: « el niño que duerme en esta cuna llegará á tener veinte años, y quiero que se descubra con respeto cuando le digan: tu madre fué una mujer virtuosa.»

LUIS. (*Aparte y levantándose.*)

¡Madre mia!...

DIABLO. (*Volviendo al tono ligero y empujando hácia el velador la butaca en que ha estado sentado.*)

¿Veis como digo la verdad?... (*A Luis.*) En Mercedes tienes una mujer honrada.

LUIS.

Te prohibo hablar de Mercedes.

DIABLO.

Por remordimiento de lo mal que le has pagado (*A Canuto.* Marta es otra muchacha virtuosa.

CANUTO.

¡Bah!... tiene las manos coloradas y ásperas.

LUIS.

Elisa no es lo que piensas.

DIABLO.

Ya sé que la llaman Elisa la buena muchacha... Por eso quiero conocerla... porque no creo en esa clase de mujeres... ¡Guárdate de las buenas muchachas, Luis! (*Se dirije á la izquierda.*)

LUIS.

¿A dónde vas?

DIABLO.

A ponerme á los pies de Elisa.

LUIS.

No te dejarán entrar.

DIABLO.

¡Si para mí no hay puertas cerradas!...

LUIS.

Te digo que no te recibirá Elisa.

ROSA. (*Saliendo por la izquierda.*)

Mi ama está esperando al señor marqués del Velo.

LUIS Y CANUTO.

¡Ah!...

DIABLO.

¿Lo veis?... (*Dándole un bolsillo á Rosa.*) Toma, muchacha..... esos mil reales son para tí.

ROSA. (*Tomando el bolsillo.*)

¡Mil reales para mí!...

DIABLO.

Ya eres mia: te he comprado.

ROSA. (*Riéndose.*)

¿A mí, señor marqués?

DIABLO.

Sí... me debes una mala accion por mi dinero... Pero tranquilizate: solo para tu ama será el daño. Vamos; guia. (*Rosa se va por*

donde ha venido, y el Diablo da algunos pasos en su seguimiento; pero vuelve y se apoya en el respaldo de una de las butacas que hay junto al velador.) Se me olvidaba daros una noticia, señores. Ayer estuvísteis en la Bolsa.

CANUTO. (*Con aire de triunfo.*)

¡Sí!

DIABLO.

Pusísteis fondos en poder de un agente, llamado don Facundo.

CANUTO. (*Lo mismo.*)

¡Sí! ¡sí!

DIABLO.

Pues bien: ese don Facundo es un bribon. (*Movimiento de Luis y de Canuto.*) Esta mañana se ha fugado con vuestro dinero por el ferro-carril de Alicante.

LUIS Y CANUTO.

¡Dios mio!

DIABLO.

¡Estais arruinados!

CANUTO.

¡Demonio de diablo!... Pero ¿estan todos los infiernos en este maldito Madrid? (*Cae anonadado en una butaca.*)

DIABLO. (*Colocándose en medio del proscenio.*)

Todavia os faltan algunos que ver... Señores, soy de ustedes..... Elisa me está esperando. (*Váse por la puerta de la izquierda, riéndose á carcajadas.*)

ESCENA XII.

LUIS Y CANUTO.

LUIS. (*Cayendo en el sofá.*)

¡Arruinado!...

CANUTO.

¡Esto es horroroso! ¡es indigno!... ¡es infame!... (*Levantándose.*) ¿Cómo se permite que el agiotage haga tales estragos en las familias?... (*Con tono sentencioso.*) ¡Oh jóvenes!... ¡jóvenes!... ¡ganad dinero con vuestro trabajo y comprad papel del estado al precio corriente!

LUIS. (*Levantándose de pronto.*)

¡Es imposible!... Corro á asegurarme de la verdad... ¡Oh! ¡mataré á ese vil don Facundo!... ¡le mataré! (*Váse precipitadamente por el fondo.*)

CANUTO. (*Yendo á sentarse en el sofá.*)

¡Arruinado!... ¡arruinado completamente!... (*Levantándose.*) ¡Ah! ¡una idea luminosa!... voy á tirarme al Canal.

(*Se dirije al fondo, y al mismo tiempo salen por la izquierda Julia y Rita.*)

ESCENA XIII.

CANUTO, JULIA Y RITA.

RITA. (*Saliendo.*)

Aquí está don Canuto.

JULIA (*A Canuto.*)

¿Y el regalo?

CANUTO.

No hay regalo.

JULIA.

¿Pues cómo?...

CANUTO.

He encontrado todas las tiendas cerradas.

JULIA.

¡Vaya un modo de mentir!...

CANUTO.

Ya no hay diamantes en Madrid... el gobierno los ha prohibido... eran perjudiciales á la moral pública. (*Váse corriendo por el fondo.*)

ESCENA XIV.

JULIA, RITA, Y LUEGO ELISA.

RITA. (*Riéndose.*)

¿Qué mosca le ha picado?

JULIA.

¡Sin duda se ha vuelto loco!... (*A Elisa que, sale por la izquierda.*) ¿Se ha ido ya el marqués?

ELISA.

Sí.

JULIA.

¡Qué pronto!... (*Reparando en la cruz que lleva Elisa al cuello.*) ¡Calla! ¿qué es esto?... ¿de cuando acá usas tú crucecitas de oro, como las lugareñas?

ELISA.

Es un capricho.

JULIA.

¡Ya!

RITA. (*Que se ha acercado á la chimenea, á Elisa.*)

¡Hola!... estás bordando unas zapatillas... Voy á trabajar un poco en ellas.

(*Elisa y Julia se sientan en el sofá, y Rita coloca delante del tocador la banquetita, se sienta en ella, se pone el bastidorcito sobre las rodillas y borda.*)

ESCENA XV.

DICHAS Y BRUNO.

BRUNO. (*Presentándose en la puerta del fondo.*)

¿Quién se llama aquí doña Elisa?

ELISA.

Yo.

(*Bruno se adelanta.*)

JULIA. (*Aparte á Elisa.*)

¡Nos persiguen los maragatos!... ¡y este conserva el traje primitivo!

BRUNO. (*A Elisa.*)

¡Por fin he dado con usted! .. ¡no me ha costado poco trabajo encontrarla! (*Se enjuga el sudor del rostro.*)

ELISA.

¿Y para qué me busca usted?

BRUNO.

Para decirle que soy muy testarudo, y que tengo empeño en llevarme á don Luis Aguirre á Astorga.

ELISA.

¿De veras?

BRUNO.

Como usted lo oye.

ELISA.

Pues ha llegado usted un poco tarde: acaba de irse de aquí.

BRUNO.

Lo siento, porque estoy cansado, y...

ELISA.

Siéntese usted... ¿Quiere usted tomar algo?

BRUNO. (*Ofendido.*)

¡Yo!... (*Cambiando de tono.*) ¿Y por qué no?... Beberé un poco de vino.

ELISA.

¿Julia, quieres llenar una copa de Málaga para este señor, que viene á dar un escándalo en mi casa?

(*Julia se acerca al velador y echa de beber.*)

BRUNO.

¿A dar un escándalo en su casa de usted?... No por cierto: solo tengo que decirle que este lujo que veo en ella, no será Luis quien lo sostenga... Quiero llevármele, y me le llevaré, aun cuando sea á cuestas... Me instalo aquí, y sin Luis no me voy.

ELISA.

¿De veras?...

BRUNO. (*Tomando una copa que le presenta Julia.*)

Gracias. (*Bebe.*)

ELISA.

¿Qué le parece á usted ese vino?

BRUNO.

No tome usted á broma lo que he dicho... (*Devolviendo la copa á Julia.*) Es bueno. (*A Elisa, que le mira sonriéndose.*) Me mira usted y se rie... se está usted burlando de mí porque mi ropa no es como la que se lleva en Madrid... Pues sepa usted que Bruno Carballo, aquí presente, es el labrador mas rico de Astorga... tan rico como los tantos de la córte, á quienes ustedes se encargan de dejar pobres... Recojo anualmente en mis graneros algunos miles de fanegas de trigo... y tengo olivares... y huertas.... y las tres mejores récuas de machos de la provincia de Leon... Aquí hay dinero..... (*Saca un bolsillo grande y lo abre.*) Vé usted, oro. (*Sacando otro bolsillo.*) Y esto tambien... No baja de cinco mil duros lo que cada año entra en mi gabeta, y si quisiera, me podria presentar en Madrid con tanto lujo como el primero.

(*Las tres le miran con ojos codiciosos.*)

RITA.

¡Bonita renta!

BRUNO.

¡Hola! parece que ya me miran ustedes con otros ojos...

(*Julia se apresura á llenar otra copa de vino, y se acerca á Bruno con ella en la mano y la botella en la otra.*)

ELISA.

Cree asustarnos con la enumeracion de sus riquezas..... Vaya, divertios con él niñas: os le presto.

BRUNO. (*Aparte.*)

¿Qué es lo que presta?

JULIA. (*Presentando la copa á Bruno y con tono de risa.*)

Otra copita, don Bruno...

BRUNO.

Por no hacer desprecio... (*Bebe y luego dice aparte:*) No he entendido que es lo que les presta.

(*Devuelve la copa á Julia, que va á colocarse detras del sofá con ella y la botella en las manos.*)

RITA. (*Que acaba de dejar caer á sus pies un ovillo de estambre.*)

¿Don Bruno, quiere usted hacerme el favor de darme ese ovillo de estambre, que se me ha caido?

BRUNO.

¡Pues no es usted poco perezosa!..... ¿Qué trabajo le cuesta á usted cojerlo?

RITA. (*Con zalamería.*)

Vamos, sea usted galante.

BRUNO. (*Aparte.*)

No quiero ser impolítico. (*Se baja para cojer el estambre, y al mismo tiempo ella levanta un poco el vestido y le enseña un pie. Alto.*) Tome usted. (*Aparte.*) ¡Bonito pie tiene!... caramba!... (*Le da el ovillo.*)

JULIA. (*Poniendo una silla junto al sofá.*)

¿No decia usted que estaba cansado, don Bruno?... Siéntese usted aqui. (*Se apoya en el respaldo del sofá.*)

BRUNO.

Vaya... (*Se sienta.*)

JULIA. (*Acercando su cabeza á la de Bruno y mirándole con ternura.*)

¿No está usted así mejor?

BRUNO.

Sin duda. (*Aparte.*) ¡Qué ojos, Dios mio!...

ELISA. (*Tomando la copa de manos de Julia.*)

¿Se atreve usted con la tercera copa?

BRUNO.

Es que... (*Aparte*) Comprendo... comprendo...

ELISA. (*A Julia, presentándole la copa.*)

Echa vino, Julia.

(*Julia obedece.*)

BRUNO.

Pues señor... Luis es mi paisano, y es... En fin, yo me entiendo, y necesito...

ELISA. (*Dándole la copa.*)

Tome usted. (*Bruno duda en aceptar.*) Vamos...

BRUNO.

Sea... (*Toma la copa y dice aparte:*) ¡La mano de esta es preciosa!...

(*Bebe y entrega la copa á Julia, que la pone con la botella en el velador.*)

JULIA.

Es preciso divertirse en este mundo, don Bruno.

BRUNO. (*Con animacion y echando miradas á las tres alternativamente.*)

De cuando en cuando... no digo que no.

JULIA.

Y reirse.

BRUNO.

Eso sí.

JULIA.

Y beber.

BRUNO.

Tambien de cuando en cuando.

JULIA.

Y cantar.

BRUNO.

Lo que es cantar, lo hago yo con frecuencia.

ELISA.

¿Es usted músico?

BRUNO.

¿Pues qué se necesita saber música para cantar?..... Lo que es preciso es no ser mudo, y yo tengo mas voz que un órgano.

LAS TRES. (*Palmoteando.*)

¡Bien! ¡bien!

ELISA.

Ya veo que no es usted ningun tonto.

BRUNO.

Yo tengo talento cuando quiero... y me sé divertir cuando conviene.

RITA.

El divertirse es propio de la juventud.

BRUNO.

Cabal.

ELISA.

Y la juventud dura toda la vida.

BRUNO.

Puede ser que tenga usted razon en eso... solo que... Vea usted... Luis... es menester... porque... (*Acercando mas su silla al sofá y mirando á Elisa con ternura.*) Pero yo... yo soy dueño de mí mismo..... soy rico..... no dependo de nadie..... de nadie..... soy libre.....

(*En este momento se oye dentro, á la derecha, un preludio de guitarra, y el Diablo canta en seguida la cancion del acto primero. Bruno, al oir los acordes, se pone á tararear alegremente la música al mismo tiempo que empieza el canto; pero despues su fisonomía cambia poco á poco de expresion, guarda silencio y acaba por levantarse turbado.*)

DIABLO. (*Dentro, cantando.*)

Mañana hay gran fiesta, etc.

(*Al oirse los primeros sonidos, Elisa se ha levantado admirada; Julia ha ido á alzar el tapiz de la puerta de la derecha y se ha puesto á escuchar, y Rita ha dejado la labor y ha corrido á situarse junto á Julia, escuchando tambien. Las tres, en fin, expresan sorpresa y atencion.*)

BRUNO. (*Consigo mismo.*)

¡No... no soy libre!... ¡Esa cancion, que Mercedes repite tantas veces, me hace acordar de ella, me hace acordar de mi deber, que es salvar á Luis, el esposo futuro de mi hermana!..... ¡Sí, hermana mia, sabré á donde está ese jóven, y libraré su honra y su caudal del precipicio á cuyo borde se encuentran!... (*A las mujeres.*) ¡Os dejo, sirenas!... ¡huyo de vosotras!... ¡huyo de Madrid, de su luz,

de su ruido, de sus infamias!... ¡Necesito aire! ¡necesito estar entre gente honrada! (*Váse precipitadamente por el fondo.*)

LAS TRES. (*Riendo y gritando.*)

¡Buen viaje, don Bruno!

JULIA. (*Gritando en la puerta del fondo.*)

¡Memorias á las machos!

(*Las tres rien á carcajadas.—El telon cae.*)

ACTO CUARTO.

EL NIDO DE UN AVE DE RAPIÑA.

El escenario está dividido en dos partes desiguales. La de la izquierda, que es la mayor, representa una sala de la casa de don Roque: dos puertas en el fondo; la de la izquierda conduce al exterior, y la de la derecha á las habitaciones interiores; aquella tiene un ventanillo con enrejado; á la izquierda, en primer término y junto á la pared, una mesa de despacho con legajos, carpetas, papeles sueltos, escribanía, etc., y un quinqué encendido: en segundo término, á la derecha, chimenea con reloj, y un espejo encima de ella; sillas, y un confidente en el fondo, entre las dos puertas. En la division de la derecha, que figura un cuarto de una fonda, cómoda con ropa, y un espejo encima, en el fondo; mesa á la izquierda, arrimada á la pared divisoria, con bujía encendida en ella; butaca á la derecha, y una silla entre la mesa y la cómoda con una maleta vacía; dos puertas á la derecha: la una en primer término, que da á otro cuarto, y la segunda mas allá, que comunica con la escalera; tercer puerta en la pared que separa las dos divisiones, con cerrojo por ambos lados.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE EN LA IZQUIERDA; BRUNO Y JOSE EN LA DERECHA.

(*Al levantarse el telon, Don Roque, sentado delante de la mesa, escribe; Bruno, repantigado en la butaca, fuma un cigarro de papel, y José sale por la primera puerta de la derecha.*)

JOSE. (*Saliendo.*)

Ya tiene hecha la cama.

BRUNO.

¿Y para qué?... ¿No sabes que me voy esta noche?... Saca mi ropa de la cómoda, y métela en la maleta.

JOSE.

Buenu. (*Pone la maleta en el suelo, y durante el diálogo hace lo que le han mandado.*)

BRUNO.

¿A qué hora sale la diligencia?

JOSE.

A las diez en puntu.

BRUNO.

Ya quisiera que fuesen.

JOSE.

¿Tantu deseu tiene usted de dejar á Madrid?

BRUNO.

Estoy de él hasta la punta de los pelos.... ¡Maldita poblacion!... rateros vestidos con gaban, limpian los bolsillos... tres pañuelos me han robado ya.... gente sin fin corre por todas partes, y le empujan y le estrujan á uno... ¡Al diablo la córte!... Me gusta mas Astorga, y me vuelvo á ella.

JOSE.

Peru esta fonda del Olivu es muy susegada.

BRUNO.

No diré que no... y sin embargo el vecino de al lado no me deja dormir tranquilo... Ya sabes que me acuesto temprano, segun costumbre de Astorga, y á eso de las nueve ó las diez se pone todas las noches á contar dinero, y me despierta.... (*Señalando á la puerta de*

comunicacion.) ¿Cómo es que hay ahí esa puerta, que me has dicho comunica con el otro cuarto principal de la casa?

JOSE.

Purque hace algun tiempu mi amu tumó tambien ese cuarto, para que unidu todu, hubiera mas sitiu para los huéspedes, y aunque ya lu ha dejado, tudavia sigue sin tapiar la puerta de cumunicacion.

BRUNO. (*Tirando el cigarro.*)

¡Hasta el tabaco que se vende en Madrid es veneno!... Y ahora me acuerdo de que no he comprado para el viaje.

JOSE.

¿Quiere usted una cagetilla de pitillos?

BRUNO.

Venga.

JOSE.

Hay tiene usted una de nueve cuartus. (*La saca del bolsillo.*)

BRUNO.

¿De nueve cuartos? (*Dándoselos*) Tómalos.

JOSE.

¡Si sun trece los que me ha de dar!

BRUNO.

¿Pues no has dicho que vale nueve?

JOSE.

Esu es en el estancu.... pérn ya se sabe que en las fondas, una cagetilla de nueve cuartus, vale trece.

BRUNO.

Una vez que es eso, toma los otros cuatro cuartos. (*Se los da.*)

JOSE.

En el ambrigú del Circu de Pul, dunde ya sabe que tambien sirvi, una cagetilla de nueve cuartus, dus reales vale.

BRUNO.

Lo que no deja de ser un robo.

JOSE.

¡Quiá!... ganancias naturales.... (*Sacando un papel del bolsillo y dándoselo.*) Vaya.... tome la cuenta, que pidióme antes.

BRUNO.

¡Ah! sí.... (*Recorriendo el papel con la vista.*) ¡Cómo!... se han equivocado.

JOSE.

Nun lu creu.

BRUNO.

¡Me ponen á razon de treinta reales diarios por cuarto y comida, cuando el mes pasado no aboné sino treinta duros, que es lo que se ajustó!

JOSE.

Direle, señor.... esu cunsiste en que el amu sube lus precius.

BRUNO.

¿Y por qué?

JOSE.

¡Toma!... purque la fonda pruspera... Cuantu mas gente en ella, mas caru.... Ya tiene llena la maleta.

BRUNO.

Ponla en un rincon.

JOSE. (*Colocando la maleta encima de la cómoda.*)

¿He de ir á buscarle un coche cuandu se vaya?... Purque comu tiene que llevarse estu....

BRUNO.

¿Cuánto cuesta un coche?

JOSE.

De noche, seis reales pur hora.

BRUNO.

¿Y cuánto cuesta en Madrid por hora un coche de seis reales por hora?

JOSE.

Es sabidu: siete reales.

BRUNO.

¡Ya!...

JOSE.

Y la prupina del cocheru....

BRUNO.

¿Tambien?.... No quiero coche.... me iré á pie, y avisa á un mozo para que lleve la maleta.

JOSE. (*Aparte y yéndose.*)

¿Si querrá este marajatu que sirvamus á lus huéspedes pur nada?..

BRUNO.

Espera.... voy á pagarte la cuenta. (*Sacando un bolsillo con dinero, vaciándolo en la mesa y contando.*) Pero hombre.... ¿no hay rebaja?

JOSE.

Nun señor.

BRUNO.

¿Ni siquiera un duro?

JOSE.

El amu nun entiende de *rebaisas*.

BRUNO.

¡Pícara córte!... (*Dándole dinero.*) Vamos, ahí va el completo. ¿No debo mas, eh? (*Guarda el bolsillo y la cuenta.*)

JOSE.

Nun señor.... comu nun sea la prupina del camareru....

BRUNO.

¿Eso tambien?... (*Se registra los bolsillos, saca una moneda y se la da.*) Vaya... dos cuartos... ¿Quedas contento?

JOSE.

Nun mucho....

BRUNO.

¿Pues he de darte mil duros?

JOSE.

¡Oh! nun pretendu esu.... ¿Cunque avisu á un mozu para las nueve y media?

BRUNO.

Sí.

JOSE.

Curriente.

BRUNO. (*Viendo la hora en su reloj.*)

Todavia no han dado las ocho... tengo que esperar mas de hora y

media... Voy á dar un paseo por las calles y á entretener el tiempo mirando lo que hay en los escaparates de las tiendas.

JOSE. (*Tomando la bujía.*)

Pues le alumbru. (*Abre la segunda puerta de la derecha.*)

BRUNO.

¿Supongo que en Madrid no costará nada mirar á las tiendas?

JOSE.

Esu es sigun y cunforme.... á veces cuesta el pañuelu y el reló.

BRUNO. (*Ocultando la cadena del reloj.*)

¡Demonio!... es verdad... ¡Maldito Madrid!

(*José se va el primero por la segunda puerta de la derecha, y Bruno le sigue.—Oscuridad en la division de la derecha.*)

ESCENA II.

DON ROQUE, SOLO, HOJEANDO PAPELES.

No.... ni un cuarto le daré á este hombre... Tiene hipotecados todos sus bienes, y no hay garantía.... (*Tomando otro papel.*) Este me promete el ciento veinte por ciento anual.... Mañana examinaré este negocio.... (*Dan las ocho en el reloj.*) Las ocho.... No debe tardar don Diego, pues quedó en venir á esta hora. (*Llaman á la puerta de la izquierda del fondo.*) Ahí está ya. (*Levantándose.*) Puntual ha sido.

(*Abre la puerta, sale el Diablo vestido con la mayor elegancia, y Don Roque se sorprende al ver que no es el que esperaba.*)

ESCENA III.

DON ROQUE Y EL DIABLO.

DIABLO. (*Saliendo.*)

Buenas noches.

ROQUE.

¡No es don Diego!... ¿Qué quiere usted?... ¿Quién es usted?

DIABLO. (*Cerrando la puerta.*)

Un compañero.. un ave de rapiña volantona, que está ansiando tender las alas.

ROQUE.

¡Semejante chanza!...

DIABLO.

No es chanza.

ROQUE. (*Algo inquieto.*)

No soy lo que usted cree.

DIABLO.

¿No es usted un usurero?

ROQUE.

Sí... es decir, no señor... ¡Qué modo de hablar!... Soy un hombre de negocios, un simple agente....

DIABLO.

Es usted un usurero, un judío, como vulgarmente se dice, pero no entiende usted el oficio.

ROQUE.

¿Eh?

DIABLO.

Ni una palabra!... Es usted un usurerillo vulgar, que se contenta con prestar cantidades mínimas á los pobres jornaleros, come diariamente sopa y cocido por veinte cuartos en el fonducho de la calle de la Paz, y lleva siempre las manos súcias. El prestamista de nuestros dias se viste en casa de los Palacios, almuerza en el café Suizo, come en el Cisne, cena en los andaluces de la calle del Príncipe, concurre al teatro Real, y convida á café y copas á sus parroquianos. Es usted de la escuela antigua, y yo soy de la nueva... Usted se muda de camisa cada quince dias y lleva el sombrero con grasa... Cambie usted de método, don Roque... robe usted con guantes.

ROQUE.

Pero....

DIABLO.

Usted facilita dinero al ciento y veinte por ciento anual, y yo encuentro quien me lo tome al doscientos por ciento, garantizado.

ROQUE. (*Admirado.*)

¡Al doscientos por ciento!...

DIABLO.

¿Se admira usted?... Pues ahora le voy á dejar estupefacto. Vengo á proponerle un negocio..... (*Don Roque se acerca á él.*) con el beneficio de doscientos cincuenta por ciento.

ROQUE. (*Muy obsequioso.*)

Tómese usted la molestia de sentarse.

DIABLO. (*Sentándose.*)

Ocupe usted tambien una silla... se lo permito. (*Don Roque toma asiento á su lado.*) Porque su amo, don Luis Aguirre, se ha dado mas prisa á gastar de la que debia, acaba de ponerse en venta en la provincia de Leon una magnífica hacienda, llamada de las Tres Casas.

(*Sacando un papel del bolsillo.*) Aquí tiene usted el plano, que he conseguido adquirir. (*Se lo da á don Roque, que lo examina mientras él sigue hablando.*) Se sacará á pública subasta con la tasacion de cuatro cientos mil reales, por lo menos, y las posturas pueden subir á sesenta mil duros. Importa, pues, entenderse inmediatamente con el propietario, que sé que necesita doscientos mil reales, para reparar cierto descalabro, que ha tenido en la Bolsa, y por esta suma podemos adquirir la hacienda; es decir: podemos ganar con ella un millon. (*Se levanta.*)

ROQUE. (*Levantándose tambien.*)

¡Oh!.....¡bien!... Jóven, se conoce que entiende usted de negocios... que tiene buena nariz para olerlos... ¡Usted irá muy lejos!...

DIABLO.

¿Que le parece á usted la especulacion?

ROQUE.

¡Magnífica! (*Deja el plano en la mesa.*)

DIABLO. (*Aparte, mirando al reloj.*)

Van á dar las ocho y media. (*Alto.*) Lo que necesitamos son fondos... ¿Tiene usted quien los dé?

ROQUE. (*Misteriosamente.*)

Tengo quien los dé.

DIABLO.

¿Persona segura?

ROQUE.

Persona segura.

DIABLO.

¿Cómo se llama?

ROQUE. (*Misteriosamente, despues de mirar y su alrededor.*)

No tiene nombre.

DIABLO.

¡Ya!... (*Despues de un momento de silencio.*) ¿Y proporcionará en el acto lo que hace falta?

ROQUE.

Estoy seguro de que le decidiré á ello.

DIABLO. (*Sentándose junto á la mesa y tomando el plano.*)

¡Esto es oro molido, don Roque!

ROQUE. (*Examinando el plano en la mano del Diablo.*)

Se puede dividir el terreno y venderlo por lotes.

DIABLO.

Seguramente.

ROQUE. (*Aspirando un polvo con fuerza.*)

¡Qué negocio, hijo mio!... ¡qué negocio!... (*Señalando con un dedo en el papel.*) Yo derribaria esta casa... porque los edificios en el campo nada producen... y utilizaria para siembra el terreno que ocupa.

DIABLO. (*Dejando en la mesa el plano y levantándose.*)

Tiene usted razon. (*Acercándose á él.*) ¡Ya sabe usted vivir en el mundo!...

ROQUE.

Para algo han de servir los años, jóven.

DIABLO. (*Poniéndole la mano en un hombro.*)

Veo que no es fácil engañar á usted.

ROQUE.

¡Qué vengan!..... ¡qué vengan á eso!... Vamos, hijo..... tengo guardada hace muchos años una botella de esquisito ron de la Jamaica... ¿quiere usted probarlo?

DIABLO.

Con mil amores.

ROQUE.

Pues voy por él (*Váse par la puerta derecha del fondo.*)

ESCENA IV.

EL DIABLO, SOLO.

DIABLO. (*Mirando al reloj.*)

Las ocho y media. (*Abre la puerta de la izquierda del fondo y se asoma á ella.*) Oigo pasos en la escalera... ellos deben ser... (*Deja la puerta entornada y corre á sentarse junto á la mesa. Apenas lo ha hecho, se oye llamar.*) Adelante.
(*Figura escribir, colocándose de manera que no le puedan ver la cara los que llegan. Luis y Canuto se presentan en la puerta derecha del fondo.*)...

ESCENA V.

EL DIABLO, LUIS Y CANUTO.

LUIS.

¿Está don Roque?

DIABLO. (*Fingiendo la voz.*)

Va á salir. Esperen ustedes un instante.

CANUTO.

Bien.

(*Luis y Canuto se adelantan.*)

LUIS. (*A Canuto.*)

¡Es curiosa la aventura!

CANUTO.

Temo que se nos tienda algun lazo.

LUIS.

¡Qué disparate!..... (*Sacando una carta del bolsillo.*) Pero ¿quién habrá escrito esta carta?... (*Abriéndola y leyendo.*) «Necesita usted dinero: ¿no es verdad? Pues bien: vaya usted esta noche, á las ocho y media en punto, á la casa donde está la fonda del Olivo, en la calle del mismo nombre, y pregunte usted por don Roque en el cuarto principal de la derecha. Dígale usted que se llama don Ignacio Hernandez, que es sugeto á quien no conoce personalmente; pero sabe que ofrece garantías.» Y en lugar de firma, dice: «Un amigo.»

CANUTO.

¡Qué si necesitamos dinero!... ¡Demonio de diablo!... ¡Ya lo creo que lo necesitamos!... ¡Si no hubieses gastado tanto con Elisa!...

LUIS.

¡Si no me hubieses hecho entrar en la maldita especulacion de Bolsa!... Pero todo me importaria poco, á no mediar esa letra falsa de dos mil duros, que hemos puesto en circulacion.

CANUTO.

Que vence mañana...

LUIS.

Sí... y como no tengamos dinero para recojerla... Pero veré á los amigos...

CANUTO.

Los amigos son como los coches de plaza, que cuando llueve, no se encuentra ninguno.

LUIS.

Tengo otros recursos.

CANUTO.

¿Cuales?... Ni aun te ha que dado una alhaja, que llevar al Monte de Piedad...

LUIS. (*Con desprecio.*)

¡El Monte de Piedad!...

CANUTO.

No le desprecies... ¡El Monte de Piedad es el templo del reconocimiento!

LUIS.

En fin, venderé la hacienda, y entonces...

CANUTO.

Pero si no da tiempo...

LUIS.

Verémos si este judío...

CANUTO.

No te fies de los usureros... Ya sabes que hace tres dias fuí á casa de uno de esos carnívoros para que me prestase cuatro mil reales, y que me dió mil y doscientos en metálico, un cocodrilo disecado y por valor de cien duros en ratoneras..... ¿Qué voy yo á hacer con eso?

LUIS. (*Riéndose.*)

¡Pobre Canuto!...

CANUTO.

No habrá nunca bastantes ratones en España para todas mis ratoneras... habrá que traerlos del estranjero.

LUIS.

Este don Roque será mas razonable...

DIABLO. (*Levantándose y acercándose á ellos.*)

Buenas noches, señores.

LUIS Y CANUTO. (*Sorprendidos.*)

¡El Diablo!...

DIABLO. (*Irónicamente.*)

¿Cómo está tu Elisa, Luis?

LUIS.

¡Ah! ya está esplicado el misterio... (*Sacando la carta del bolsillo.*) ¿Eres tú el que me ha escrito?

DIABLO.

¡Yo!... No, por cierto.

LUIS. (*Enseñándole la carta abierta.*)

¡Cómo!... ¿esta carta?...

DIABLO. (*Fijando la vista en el papel.*)

No es mia... Te advierto que estoy aquí de incógnito, y te ruego que no me conozcas. (*Le vuelve las espaldas.*)

LUIS.

Bueno.

ESCENA VI.

DICHOS Y DON ROQUE.

ROQUE. (*Saliendo con una botella en la mano por la puerta derecha del fondo.*)

Aquí la traigo.... (*Viendo á Luis y á Canuto.*) ¡Dos desconocidos!... ¿Qué se les ofrece á ustedes, señores?

(*Luis y Canuto se quitan los sombreros.*)

LUIS.

¿Es usted don Roque?

ROQUE.

Para servir á usted.

LUIS.

Necesito dinero... ¿puede usted vendérmelo?

ROQUE.

Ante todas cosas quisiera saber con quien tengo el honor de hablar.

LUIS.

Me llamo... (*El Diablo tose, y Luis prosigue, despues de echarle una mirada:*) Ignacio Hernandez.

ROQUE.

¡Ah! ¿es usted don Ignacio Hernandez?... ¿No vive usted en la calle Imperial?

(*El Diablo hace una seña á Luis para que diga que sí: se acerca á la chimenea y se recuesta en ella.*)

LUIS.

Si señor.

ROQUE. (*Señalando á Canuto.*)

¿Y este caballero?

CANUTO.

Soy un amigo suyo.

ROQUE. (*Aparte, despues de mirar á Luis y á Cannto.*)

¿Querrán dinero?... (*Alto, acercándose á la mesa, en la que pone la botella.*) El metálico escasea muchísimo, señores... Sin embargo, entremos en esplicaciones... ¡Deseo tanto ser útil á la juventud!....

¡Pobre juventud!... ¡Son tan injustos los padres!... (*Sentándose junto á la mesa.*) Tomen ustedes asiento. (*Luís y Canuto lo hacen.*) Con que ustedes dirán.

LUIS.

Necesito dos mil duros está noche, ó mañana á primera hora.

ROQUE.

¡Dos mil duros!... ¡Cáspita!... ¡eso es un caudal!

DIABLO. (*Mirando el reloj aparte.*)

Las nueve. Va á llegar á muy buen tiempo. (*Escucha si se oye algun ruido hácia la escalera.*)

ROQUE.

¡Dos mil duros!... Lo mas que tengo en casa será un par de mil reales.

CANUTO. (*Aparte á Luis.*)

Está en guardia... Acuérdate de las ratoneras.

DIABLO. (*Aparte y escuchando siempre.*)

Suben por la escalera... ¿Será ella?...

(*Dan tres golpes en la puerta de la izquierda del fondo.*)

ROQUE. (*Aparte, con inquietud y levantándose.*)

¿Quién vendrá á estas horas?..... (*Alto.*) ¿Permiten ustedes, señores?...

LUIS Y CANUTO.

Por supuesto!..

ROQUE. (*Yendo á la puerta, abriendo, mirando por el ventanillo y gritando.*)

¡Ah!...

LUIS Y CANUTO. (*Volviéndose.*)

¿Qué es eso?

ROQUE. (*Vivamente.*)

Nada... (*Hablando por el ventanillo.*) Un momento... un momento... (*Cierra el ventanillo.*)

DIABLO. (*A don Roque.*)

¿Quién es?

ROQUE. (*Aparte al Diablo.*)

La persona... la persona que hará el negocio... pero no puedo recibirla ahora.

DIABLO. (*Aparte á don Roque.*)

Sí tal, recíbala usted, que yo me iré adentro con esos señores. De este modo sabrémos sin pérdida de tiempo á que podemos atenernos.

ROQUE. (*Lo mismo.*)

Dice usted bien... Pero hábleles usted sin cesar, para que no oigan lo que aquí pasa... porque esa persona tiene mucho interés en no ser conocida... es un caballero de alta categoría y...

DIABLO. (*Lo mismo.*)

Pierda usted cuidado, que ni le verán, ni le oirán.

ROQUE. (*Acercándose á Luis y Canuto.*)

Perdonen ustedes, señores... pero me llega una visita, y... (*Luis y Canuto se levantan y ponen las sillas en su sitio.*) Tengan ustedes la bondad de esperar con mi escribiente. (*Señala al Diablo.*) en esa otra pieza.

CANUTO.

¡Ah! ¿El señor es?...

ROQUE.

Escribiente mio... Despues arreglarémos el negocio de ustedes.

LUIS. (*Yéndose á Canuto.*)

Vamos, ven.

CANUTO. (*Aparte, mirando al Diablo.*)

Pues señor... siento haber venido. (*Luis y Canuto se van por la puerta derecha del fondo, y el Diablo les sigue, despues de hacer una señal de inteligencia á don Roque, y cierra. Vuelven á llamar con impaciencia á la otra puerta.*)

ROQUE. (*Gritando.*)

¡Voy! ¡voy!

(*Va á abrir, y Elisa sale con mantilla y el velo echado á la cara.*)

ESCENA VII.

DON ROQUE Y ELISA.

ROQUE. (*Casi en voz baja.*)

¡Usted aquí, señora!...

ELISA.

¿Pues no me ha escrito usted para que venga? (*Se levanta el velo.*)

ROQUE.

¡Yo!... no señora.

ELISA.

¿Se ha vuelto usted loco? (*Dándole una carta.*) Lea usted.

(*Don Roque toma la carta, dando muestras de admiracion, y Elisa se sienta á la derecha.*)

ROQUE. (*Leyendo.*)

«Muy señora mia: tenga usted la bondad de venir esta noche á las

nueve en punto á esta su casa, donde es preciso que hablemos de un asunto urgentísimo y muy grave.»

ELISA.

¿Quién firma?

ROQUE. (*Estupefacto.*)

«Roque Pecunia y Lagarto.»

ELISA.

Ya ve usted.

ROQUE. (*Aparte.*)

¿Cuándo diablos he escrito yo esta carta?...

ELISA.

¿Conque de qué se trata?

ROQUE.

¡Señora!... ¡si yo!...

ELISA.

¿Qué le pasa á usted?

ROQUE. (*Aparte, mirando al papel.*)

¿Si seré sonámbulo?... (*Se guarda la carta.*)

ELISA.

¿Conque no es de usted?

ROQUE.

Ni me acuerdo de haberla escrito, ni he tenido para qué.

ELISA.

Pues es sumamente estraño, cuando nadie sabe ni aun que nos conocemos... en fin, hablemos de otra cosa... ¿Quién es ese Jacobo Dominguez, á quien se le prestaron cuatro mil reales?

ROQUE.

Un artista... un pintor.

ELISA.

¿Un artista?... Apuesto entonces á que no ha pagado.

ROQUE.

Así es la verdad; pero ya tiene embargados cinco cuadros y los muebles de su casa.

ELISA.

¿Qué decia cuando fueron á embargar?

ROQUE.

Cantaba y se reia como un loco durante el acto.

ELISA.

¡Qué dichosos son los tales artistas!... No parece sino que ellos han inventado en un dia mismo la miseria y la alegría.

ROQUE. (*Riéndose.*)

Tiene usted razon.

ELISA.

¿Es buen mozo?

ROQUE.

No es feo.

ELISA.

Haga usted que se levante el embargo.

ROQUE.

¡Señora!...

ELISA.

Con otro nos desquitarémos. ¿Y el marqués del Nogalejo, pagó?

ROQUE. (*Confuso.*)

No señora... pero...

ELISA.

¿Ha logrado enternecer á usted?... ¿Por casualidad tendrá usted corazon, don Roque?

ROQUE.

A fé que lo ignoro... Nunca he sondeado mi pecho... ¿Y usted?

ELISA. (*Levantándose.*)

¿Yo?... (*Despues de una pausa.*) Le tuve cuando era bordadora... entonces amé á un jóven que me despreció... Despues, como sucede algunas veces en Madrid, caí desde mi boardilla en una carretela... sin hacerme daño, por supuesto... y de habitacion miserable se cambió en lujoso cuarto principal... la jornalera en señora, ó cosa parecida... El dia en que sucedió esto fué á llamar á mi puerta el mencionado jóven...

ROQUE.

¿Y le recibió usted bien?

ELISA.

Le eché á la calle... No era á mí á la que buscaba, era á la mujer en voga... Iba á decirme entonces que me amaba, porque me amaban otros... porque me paseaba por el Prado en carruaje y adornaba con diamantes... Ese dia, don Roque, comprendí lo que es el mundo... ese dia arrojé mi corazon por la ventana... ¡Ay de los que le recojen!...

ROQUE.

¿Y anora?

ELISA. (*Suspirando y volviéndose á sentar.*)

Ahora... soy feliz... no creo en mas que en mi cocinera y en mi modista.

ROQUE.

Pero algunos la aman á usted verdaderamente.

ELISA.

Y yo no amo á nadie... ¿No es verdad?

ROQUE.

Lo que es una ingratitud.

ELISA.

Aun cuando fuera como usted lo dice, la ingratitud es la independencia del corazon... Es un gran filósofo el autor de esta máxima.

ROQUE.

Por primera vez me habla usted hoy con tanta franqueza.

ELISA.

Y la merece usted... le quiero á usted aunque no le estimo.

ROQUE.

¡Bah!

ELISA.

Y aun añadiré que no hay hombre á quien desprecie tanto como á usted. Si averiguase ahora que es usted mi padre, mañana me tiraria al canal.

ROQUE. (*Riendo.*)

Está usted chistosa... me hace usted reir... ¿Y cuál es el objeto de su vida de usted.

ELISA.

Llegar á ser muy rica, inmensamente rica... y puesto que el oro es el verdadero poder en la tierra, quiero...

ROQUE.

Un negocio magnífico puede usted hacer ahora, que la dejará doscientos cincuenta por ciento de beneficio.

ELISA. (*Vivamente.*)

¿Sí?

ROQUE.

Ya se sonrie usted... Si señora, se trata de una hacienda, que se vende en la provincia de Leon, y lo que hay que hacer es evitar el que salga á pública subasta. Si usted quiere, me avistaré con su dueño, que es un tal don Luis Aguirre.

ELISA. (*Aparte.*)

¡Luis!... ¡oh! ¡no! ¡no!...

ROQUE. (*Yendo á la mesa.*)

Aquí tengo el plano... Acérquese usted, y verá de lo que se trata..... Es como quien compra una barra de oro y la paga como cobre.

(*Estiende el plano en la mesa, á la que Elisa se aproxima maquinalmente y se sienta. Durante lo que sigue habla con ella en voz baja don Roque, señalando al papel repetidas veces. Bruno penetra por la segunda puerta de la derecha en la division del mismo lado, que sigue á oscuras.*)

ESCENA VIII.

ELISA Y DON ROQUE, EN LA IZQUIERDA; BRUNO EN LA DERECHA.

BRUNO. (*Saliendo.*)

No hay duda en que quien pasó á mi lado con traje de hombre, y aun se rozó conmigo, fué mi hermana Elena... (*Busca á tientas la butaca y se sienta en ella.*) Le he visto bien la cara, y son sus mismas facciones... ¡infame!... ¡haber huido de mi casa con un seductor!... ¡haberse hecho actriz, y preferir el teatro á Mercedes y á mí, que tanto la amábamos!..... La sorpresa me dejó aturdido, y cuando me repuse, cuando quise hablarle, habia desaparecido ya...

Pero ¿cómo habia de ir por la calle con ropa que no es de su sexo?.. ¡Bah! me habré equivocado... Madrid me hace ver visiones... me vuelve loco, y ya es tiempo de que le abandone... Poco debe faltar para la hora de la salida. (*Se levanta y palpa la mesa y la cómoda.*) ¿En dónde estarán los fósforos?

(*Luis entreabre la puerta y escucha.*)

ROQUE.

Pues si usted se decide, nuestra será la hacienda de las Tres Casas.

BRUNO. (*Escuchando.*)

¿Eh?...

ELISA.

Es que usted no sabe...

BRUNO.

Me parece que los vecinos han nombrado la hacienda de las Tres Casas. (*Se acerca á la puerta de comunicacion y aplica á ella el oido.*)

ROQUE.

De todo tiene... Vea usted..... (*Señalando en varias partes del plano.*) Prados... tierra de pan llevar... olivos...

BRUNO.

¡No hay duda!... ¡hablan de la hacienda de Luis!...

ROQUE. (*Señalando siempre.*)

Ocho albercas con agua de pie... una... dos... tres huertas...

BRUNO.

¡La misma!... ¡la misma es!

ROQUE.

Vale sesenta mil duros..... pero como don Luis Aguirre está arruinado...

BRUNO.

¡Dios mio!...

ROQUE.

Será de usted por ciento sesenta mil reales.

BRUNO.

¡Infame!...

ELISA. (*Dudosa.*)

Ya sabe usted que en este momento no puedo disponer de todo ese dinero...

ROQUE.

Pero sí de muchas alhajas de gran valor... Señora, este negocio es oro molido... entre usted en él con los ojos cerrados.

ELISA. (*Resolviéndose.*)

Pues bien: compro la hacienda.

BRUNO.

¡Eso lo veremos!... (*Descorre el cerrojo, é intenta abrir la puerta.*) ¡Está cerrada por el otro lado!... (*Váse corriendo por la segunda puerta de la derecha, y al mismo tiempo sale Luis y se detiene en el fondo, clavando la vista en Elisa. Al verlo esta, se levanta, y da un grito, y don Roque se vuelve.*)

ROQUE.

¡Cómo, caballero!... ¿está usted oyendo nuestra conversacion?... ¡Hágame usted el favor de irse de mi casa con el que ha venido á ella!... (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda del fondo.*) ¡Por aquí se sale!... (*Abre la puerta y se encuentra con Bruno.*) ¿Quién hay aquí?

ESCENA IX.

ELISA, DON ROQUE, LUIS, BRUNO; DESPUES CANUTO, Y MAS TARDE JOSE.

BRUNO. (*Adelantándose.*)

Perdonen ustedes, señores... vengo á tomar parte en la subasta... (*Viendo á Luis aparte.*) ¡Ah! ¡el está aquí!...

LUIS. (*Adelantándose despacio.*)

¡Buenas noches, Elisa, la que tanto se interesa por mí!... Elisa, la buena muchacha!...

ELISA. (*Aterrada.*)

¡Luis!... (*Cae en una silla junto á la mesa.*)

BRUNO. (*A don Roque.*)

Ya puede usted entenderse con el propietario, buen hombre..... (*Señalando á Luis.*) Ahí tiene usted á don Luis Aguirre.

ROQUE. (*Con estupefaccion, mirando á Luis.*)

¡El señor!... ¡el señor es don Luis Aguirre!... ¡Se me ha engañado!... (*Con desesperacion.*) ¡Está visto que no hay mas que bribones en esta tierra!

LUIS. (*A Canuto, que se presenta en la puerta derecha del fondo.*)

Entra, Canuto. (*Canuto se adelanta un poco.*) Vamos, abro la subasta... En ciento sesenta mil reales está la hacienda de las Tres Casas... ¿Hay quien dé mas?... (*Pausa.*) ¿Todos callan?... (*A Elisa, con fuerza.*) ¡De usted es, doña Elisa!...

CANUTO.

¡Elisa aquí!... ¡Demonio de diablo!... (*Se acerca á Elisa, que se*

oculta el rostro con las manos, y la examina. Luis no aparta la vista de ella.)

BRUNO. (*Mirando á don Roque.*)

Por primera vez veo á un usurero... y me dan tentaciones de ahogarlo...

ROQUE. (*Asustado.*)

¡Respete usted mis cabellos blancos!

BRUNO.

No puedo respetar lo que usted deshonra... pero, por dicha para usted, me respeto á mí mismo... (*A Luis.*) ¡Ya ves lo que te sucede, Luis!... ¡ya ves entre que gente vives!... pero, pues lo quieres así... (*Secamente.*) ¡Quédate Dios!... (*Abre la puerta de comunicacion, pasa á la otra division, y en ella encuentra á José, que acaba de salir por la segunda puerta de la derecha con una bujía encendida en la mano. Bruno toma su maleta, y le dice:*) Alúmbrame, cermeño. (*Volviéndose hácia la puerta de comunicacion y dando un paso en direccion á ella con ademan de amenaza.*) ¡Viles criaturas! (*Don Roque se apresura á cerrar la puerta, toma una silla, la pone delante de ella, y se sienta.*) ¡Maldito Madrid! (*Se va por la segunda puerta de la derecha, precedido de José, que le alumbra.*)

ESCENA X.

ELISA, LUIS, CANUTO, DON ROQUE, Y LUEGO EL DIABLO.

ELISA. (*Sentada aun, á Luis.*)

¡Caballero, se me ha tendido un lazo infame!

LUIS. (*Casi risueño acercándose á ella.*)

¿Todavia tiene usted puesta la cruz de Mercedes?..... ¿Para qué puede á usted servirle un objeto de tan poco valor?... Don Roque no daria veinte reales por ella, si se la trajesen á empeñar... (*Elisa se*

quita la cruz y se la da.) La cruz de diamantes si es digna de usted... pero esta no le corresponde... (*Con fuerza.*) ¡porque es la cruz de una mujer honrada!... (*Se dirige al fondo, y se reune con Canuto que le está esperando junto á la puerta de la escalera.*)

ELISA.

¡Luis!...

(*El Diablo se presenta en la puerta derecha del fondo.*)

LUIS.

¡Adios, Elisa!... ¡adios para siempre!

ROQUE. (*Sentado aun y cavizbajo, hablando consigo mismo.*)

Mañana me mudo...

Canuto ha abierto la puerta de la izquierda del fondo y está esperando á su amigo á la parte de allá de ella; Luis se ha detenido en el dintel y dirige una mirada irónica á Elisa, que parece petrificada; don Roque se desespera, y el Diablo se deja caer en el confidente del fondo, riéndose á carcajadas.—Cae el telon.)

ACTO QUINTO.

LA CARCEL.

Un cuarto de los llamados de Alcaidía, en la cárcel del Saladero. Puerta á la derecha, cerca del fondo, y mas inmediata al proscenio una cama arrimada á los bastidores, y cuya cabecera hace frente al público; un sombrero y una levita colgados junto á la puerta. A la izquierda, en primer término, una mesa con un belon encendido y una ratonera, y mas allá otra cama, situada como la de la derecha; otro sombrero colgado á sus pies, varias sillas.

ESCENA PRIMERA.

LUIS Y CANUTO.

(*Al levantarse el telon aparece Luis tendido en la cama de la derecha en mangas de camisa y dormido. Canuto está sentado cerca de la mesa, con un libro en la mano.*)

CANUTO. (*Leyendo.*)

«Si de esta escapo y no muero,
nunca mas bodas al cielo.»
(*Echando el libro sobre la mesa.*)

Lo mismo digo yo... si salgo de la cárcel sano y salvo, nunca mas Madrid... ¡Demonio de diablo!... ¡Vaya un estado, en que me veo!... De todo mi pasado esplendor, hé ahí lo que me queda...

una ratonera... (*Señala á ella.*) ¡Ese es el símbolo del arrepentimiento!... ¿No has querido ser elegante, Canuto?... ¡Pues toma elegancia!... (*Suspirando muy fuerte.*) ¡Ay!... ¡Los Palacios se han negado á vestirme de fiado!... ¡ingratos!... ¡ni unos botines me volverán á hacer esos sastres!...

LUIS. (*Soñando.*)

¡Magnífico!... ¡una mina de oro!... ¡una mina de oro!...

CANUTO. (*Levantándose.*)

¡Ese se cree en las Californias!... Tambien soñé yo anoche que habia encontrado una mina... pero fué de acreedores, y me desperté en el momento en que los Palacios me pedian dinero, Scropp me sacudia las espaldas con un baston, que me habia vendido... muy caro, por cierto... y Aimable me hablaba con insolencia... sin quitarse de la cabeza su mercancía... ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... la filosofía me abandona. (*Se sienta en una silla, cabalgando en ella.*)

LUIS. (*Soñando.*)

¡Oro!... ¡allí!... ¡allí!... (*Despertando sobresaltado.*) ¿En dónde estoy?

CANUTO. (*Volviéndose de frente á él.*)

¡En el Saladero, querido amigo!

LUIS. (*Sentándose en la cama.*)

¡Es verdad! ¡estoy en la cárcel! por haber puesto en circulacion una letra falsa... ¡estoy preso y arruinado!...

CANUTO.

Pues yo no, que aún me quedan veinte y seis cuartos.

LUIS. (*Con amargura.*)

¡Arruinado hasta el estremo de que ayer, una hora antes de que nos prendiesen, un ciego nos pidió limosna, y no pude dársela!

CANUTO.

Pero yo le dí un ochavo, diciéndole; tome, hermano y no men-

digue mas. ¡Quiera Dios que esta gran obra de caridad me traiga ventura!

LUIS.

¡Nos vemos como el hijo pródigo!

CANUTO. (*Levantándose.*)

¡Y no habrá quien mate para nosotros el buey gordo!

LUIS. (*Levantándose tambien.*)

¡Cuán insensatos hemos sido!... Llamamos á la puerta del placer...

CANUTO.

Y como estaba en casa nos abrió.

LUIS.

¡Pobre Mercedes!...

CANUTO.

¡Desgraciada Marta!...

LUIS. (*Volviéndose á sentar en la cama.*)

¡Hemos sido muy culpables con ellas.

CANUTO.

¡Dos mónstruos de ingratitud!

LUIS.

¡Y por esa infame Elisa!...

CANUTO.

¡Y por esa remilgada Julia, que me dejó plantado un dia, porque no tuve para llevarla á ver las pulgas industriosas!

LUIS. (*Levantándose de pronto.*)

¡Esto es insufrible!

CANUTO.

¡Inaguantable!

LUIS. (*Acercándose á Canuto y apretándole la mano.*)

¡Canuto, acabemos con nuestras vidas!

CANUTO. (*Retirando su mano apresuradamente.*)

¡Demonio de diablo!... ¡eso si que no!

LUIS.

¿Pues qué hemos de hacer?

CANUTO.

¿El qué?... Imitá á Roberto el Diablo: véndele tu alma al demonio, para tener dinero... Espera... voy á evocarle. (*Dando vuelta al escenario con los brazos tendidos.*) Diablo, el que proteje á mi amigo Luis Aguirre, aparece, ven...

(*La puerta se abre de pronto; y sale por ella el Diablo con bata, babuchas y gorro griego, todo muy elegante.*)

ESCENA II.

DICHOS Y EL DIABLO.

DIABLO. (*Saliendo.*)

¡Aquí me teneis!

LUIS Y CANUTO. (*Volviéndose con sorpresa.*)

¡Ah!

LUIS.

¡Siempre él!...

CANUTO. (*Al diablo.*)

¡Siempre usted!... (*Cambiando de tono y dándole la mano.*) ¿Cómo vá?

DIABLO.

Tal cual. Gracias.

(*Va á tomarle la mano á Canuto, quien la retira apresuradamente.*)

LUIS.

¡Usted en la cárcel!

DIABLO.

No es de admirar... tambien aquí estoy en mi casa.

LUIS Y CANUTO.

¿En su casa de usted?...

DIABLO.

Ciertamente... ¿No es la cárcel un infierno?

CANUTO.

¿Conque se ha empeñado usted en hacernos creer á nosotros, que no somos bobos... que es usted Satanás, ó Belcebú, ú otro de esos señores?...

DIABLO.

¿Seria preciso para convencer á ustedes que hubiese salido de debajo de tierra con garras y cuernos?...

CANUTO.

¿Conque es usted el diablo?

DIABLO.

Sí. (*Llamando desde la puerta.*) ¡Mandadero!... ¡llavero! ¡Una botella de jerez, y vasos!

CANUTO.

¡Buena idea, señor diablo!... ¡El diablo! ¡ya! ¡ya! Sé muy bien quien es usted.

DIABLO. (*Con alguna inquietud.*)

¿Quién soy?

CANUTO.

Un burlon sempiterno, que pasa la vida divirtiéndose con todo el mundo.

(*Un llavero saca una botella y tres vasos, que deja en la mesa, yéndose en seguida. Canuto se sienta entre ella y el bastidor, y echa de beber.*)

DIABLO.

Pues te equivocas. (*A Luis con seriedad.*) Soy diablo; pero diablo con buenos sentimientos, y la prueba es... (*Sacando de un bolsillo de la bata una cartera y dándosela.*) que te entrego tus cuarenta mil duros.

LUIS. (*Asombrado y tomando la cartera.*)

¡Mis cuarenta mil duros!...

(*Movimientos de admiracion de Canuto.*)

DIABLO.

Te los devuelvo... pero con una condicion.

LUIS.

¿Cuál?

DIABLO. (*Observándole.*)

Que has de volver á la disipada vida madrileña, con su lujo y sus placeres... ¡O Madrid, Madrid!... ¡vivas por siempre!... (*Yendo á situarse junto á la mesa y tomando un vaso; pero quedándose de pie y dando el frente al público.*) ¡Viva el vino de Jerez!... ¡viva Madrid,

que se condena!.. ¡viva la córte de España, que es uno de los paraisos del diablo!

(Bebe, y Canuto le imita. Luis se ha sentado junto á la mesa, frente á su amigo, conservando la cartera en la mano.)

LUIS. *(Mirando á la cartera.)*

Pero ¿es este un sueño?... ¿Será posible que no esté arruinado?...

DIABLO.

No lo estás, con la condicion que te he puesto. *(Observándole.)* Desde mañana has de volver á tener queridas, caballos...

LUIS. *(Levantándose y con tono resuelto.)*

Pues te doy gracias; pero no admito.

DIABLO. *(Apoyándose en el respaldo de la silla, que Luis acababa de dejar.)* ¿Cómo?...

CANUTO. *(Sentado aun.)*

No admitimos.

(Vuelve á beber.)

DIABLO.

¿Y por qué?

LUIS. *(Con fuego.)*

¿Por qué?... Porque ya me hastía la vida del calavera, me hastían esas noches pasadas en orgías estúpidas, esas degradaciones del alma y del cuerpo. El calavera de todo duda... del amigo, que le presenta la mano, de la sinceridad de los hombres, del honor de las mujeres... ¡hasta de su madre dudaria!... Tú, quien quiera que seas, toma esta cartera... *(La tira á los pies del Diablo.)* Estoy arruinado... pues bien: trabajaré, que el trabajo es la riqueza del pobre... es el maná del hombre honrado.

DIABLO.

¡Ah! ¡ah!... (*Aparte, con alegría y recogiendo la cartera.*) ¡Por fin!...

CANUTO. (*Levantándose.*)

Sí señor: seremos virtuosos, aun cuando tengamos que dedicarnos á conductores de carritos tirados por carneros, para pasear niños en las plazuelas.

DIABLO.

¿Os haceis sordos á mi voz?

LUIS.

No oigo sino la de mi corazon, que me dice: ¡arrepiéntete, y piensa en Mercedes!

CANUTO. (*Tomando la ratonera y acercándose al Diablo.*)

Y yo no escucho mas que la de esta ratonera, que me grita. ¡Canuto, renuncia á la elegancia, y piensa en Marta! (*Vuelve á dejar la ratonera en la mesa.*)

DIABLO.

¿Conque estais arrepentidos?

CANUTO.

El arrepentimiento es una planta, que crece aprisa, cuando la desgracia le sirve de regadera en la estufa del cautiverio.

DIABLO.

¿Es decir que uno y otro principiais á comprender que hay otra cosa mejor en la vida que el no hacer nada, que Mercedes y Marta valen mas que Elisa y Julia, y que Astorga y la casa de Bruno son preferibles á Madrid y sus placeres?

LUIS. (*Admirado de las palabras que oye.*)

¡Cómo!...

CANUTO. (*Lo mismo que Luis y al mismo tiempo.*)

¡Eh!...

DIABLO. (*Riendo á carcajadas.*)

¡Ja! ¡ja! ¡ja!... Se me figura que me enternezco... que tengo una lágrima en el rabo del ojo... ¡Es chistoso!... ¡una lágrima de diablo!...

CANUTO.

Pero... ¿de veras es usted el diablo?

DIABLO. (*Dándole un golpecito en la mejilla con la cartera que tiene en la mano.*)

¡Es usted muy curioso, don Canuto!... (*Canuto se encoje de hombros, se acerca á la mesa, toma la ratonera y la lleva á la cama de la izquierda.*) Toma, Luis, toma la cartera. (*Se la presenta, y Luis la rehusa.*) Tómala sin ninguna condicion. (*Luis la toma.*) Echarás de menos los dos mil duros de la letra falsa, que tu y tu amigo pusisteis en circulacion, y que ha sido causa de que vengais á la cárcel; pero los ha recibido ya su tenedor último, merced á lo cual ha levantado la demanda, que entabló contra vosotros, y de este modo vuestro juez, que es de los mios, no ha tenido inconveniente en darme la órden para que se os ponga en libertad. (*Dándole un papel á Luis.*) Aquí la tienes... Ahora ya te he comprado... ya es mia tu alma... pero una de menos es poca pérdida para mí, y se la regalo á Mercedes... (*Movimiento de Luis.*) Sí, á Mercedes, que te ama como antes... y la prueba es que todavía se halla en Madrid, esperándote. (*Se dirige á la puerta.*)

LUIS.

¡Es imposible!...

CANUTO.

¿Y Marta?

DIABLO. (*Cerca de la puerta y volviéndose.*)

Marta tambien. (*Con tono solemne.*) ¡Canuto, me has evocado... y

he venido!... (*A Luis con satisfaccion.*) Luis, te veo como queria verte.

(*Se va precipitadamente, y la puerta se cierra tras él.*)

ESCENA III.

LUIS, CANUTO, Y DESPUES UN LLAVERO.

LUIS. (*Mirando á la cartera.*)

¡Volvemos á ser ricos!...

CANUTO.

¡Y podemos salir de aquí! (*Corriendo á la puerta y gritando.*) ¡Ah de casa! ¡Señor alcaide!... ¡portero de baston!... ¡portero de golpe!... ¡llavero!... ¡calabaceros!... ¡estamos en libertad!... ¡queremos que nos dé el aire!... (*A un llavero que se presenta en la puerta.*) ¡Que se nos ponga en la calle! ¡tenemos para ello la órden del juez de nuestra causa!...

LLAVERO. (*Adelantándose.*)

¿Cómo es eso?

LUIS. (*Dándole la órden.*)

Véala usted... llévesela usted al alcaide...

LLAVERO. (*Despues de recorrer el papel con la vista.*)

Bien está... pero ya ha pasado la hora de reglamento, y el señor alcaide no querrá hasta mañana...

LUIS.

Lleve usted la órden de todos modos.

LLAVERO.

Al salir el sol, ya estarán ustedes fuera de aquí. (*Váse, cerrando la puerta.*)

CANUTO.

¡Demonio de diablo!... Ya veo que es mas fácil el entrar en la cárcel, que el salir de ella... (*Con alegría.*) Pero mañana estaremos en libertad... ¡qué gusto!...

LUIS.

Para mañana faltan muchas horas aún.

CANUTO.

¡Bah!... Morfeo las abrevia. Imítame. (*Se quita la levita y se echa en la cama de la izquierda, poniendo antes la luz en una silla junto á la cabecera.*)

LUIS.

Tienes razon. (*Se tiende en la otra cama.*)

CANUTO. (*Despues de una corta pausa.*)

Dime, Luis... Ese sujeto singular... que en todas partes se nos aparece... No sé qué pensar de él... ¿Quién será?

CANUTO. (*Bostezando.*)

¡Qué se yo!... Lo cierto es que nos ha hecho grandes servicios... (*Apagando la luz de un soplo.*) Buenas noches.

(LUIS. *Con voz soñolienta.*)

Buenas noches.

(*Ambos se duermen. La orquesta toca muy piano la música de la cancion del acto primero. El fondo se separa y deja ver una sala muy elegante, en la que hay dos mujeres jóvenes, sentadas en un confidente y cogidas de las manos: una de ellas es Mercedes, y la otra Elena, que hasta aquí se la ha llamado el Diablo.*)

ESCENA IV.

DICHOS, DORMIDOS, MERCEDES Y ELENA.

MERCEDES.

¿Conque has logrado eso, hermana mia, querida Elena?... ¿Y cómo has podido hacerlo?

ELENA.

Muy fácilmente. Cenaba en un cuartito, que habia podido conseguir me diesen en el Circo de Paul, contigüo á la sala del ambigú, cuando les oí pronunciar sus nombres, y al punto juré devolverte á tu novio... á tí, que no me has olvidado... á tí, que me escribes esas tiernas cartas, que me recuerdan mi ciudad natal y me deleitan en medio del tumulto de mi vida de artista. La pobre actriz ha logrado su objeto, y esta buena accion, tal vez algun dia encontrará recompensa.

MERCEDES.

Has sido el ángel guardian de los dos... Pero ¿cómo han creido que estaban arruinados?

ELENA.

Porque me puse de acuerdo con un agente de la bolsa, muy amigo mio, que me entregó el dinero que habia recibido de ellos para una supuesta especulacion.

MERCEDES.

¿Y no volverás con nosotros á Astorga?

ELENA.

No puedo... debo quedarme en Madrid... Pero continúa escribiéndome, amada hermana, háblame de Bruno... y piensa en mí alguna vez.

MERCEDES.

¡Siempre!

ELENA. (*Abrazándola.*)

Sé feliz, Mercedes.

MERCEDES.

Y á tí, Elena, bendígate Díos.

(*Se levantan y vuelven abrazarse. El fondo se cierra. La música termina con un fuerte.*)

ESCENA V.

LUIS Y CANUTO.

LUIS. (*Despertando sobresaltado y tirándose de la cama.*)

¡Cielo santo!...

CANUTO. (*Lo mismo que Luis, y tropezando en la silla, que hay á la cabecera de la cama.*)

¡Demonio de diablo!...

LUIS. (*Buscándole á tientas.*)

¡Canuto!...

CANUTO. (*Lo mismo que Luis.*)

¡Luis!...

(*Se juntan en medio del escenario.*)

LUIS.

¡He soñado!

CANUTO.

¡He tenido una pesadilla!

LUIS.

¡Si supieses!...

CANUTO.

¡Si adivinases!...

LUIS.

¡El diablo... era Elena!

CANUTO.

¡Cabalmente!... ¡Elena!

(*La puerta se abre, y salen por ella Mercedes y Marta ma trae una luz, que deja en la mesa.*)

ESCENA VI.

DICHOS, MERCEDES Y MARTA.

MERCEDES. (*corriendo á su amado.*)

Ven, Luis, que el alcaide consiente en poneros en libertad mismo.

LUIS.

¿Y tú me perdonas?

MERCEDES. (*Sonriéndose.*)

Te perdonaré... pero en Astorga.

MARTA. (*Acercándose á Canuto.*)

¡Canuto!...

CANUTO. (*Enagenado de júbilo.*)

¡Marta del alma!... (*Tomándole las manos y mirándoselas.*) dicha! ¡conserva las manos coloradas y ásperas de la virtud!

MARTA. (*Con dignidad cómica.*)

Te perdono, Canuto... (*Aparte.*) Pero ¡me las pagarás bribon!

MERCEDES.

detengamos aquí.

LUIS. (*Poniéndose la levita y el sombrero.*)

amos... ¡y á Astorga mañana!

CANUTO. (*Haciendo lo que Luis.*)

en hora... y tambien mi ratonera. (*Tomándola.*) No la
ientras viva.

LUIS.

s Madrid! ¡no mas vida disipada de la córte!... Madrid
r gloria y riquezas, puede dar la estimacion del mundo al
baja; pero al que vive con la copa en la mano, sin mas objeto
l placer, á ese le dá solo desengaños.

FIN DEL DRAMA.

propiedad de este drama pertenece al editor, que perseguirá
ley al que lo reimprima ó represente sin su consentimiento.

s corresponsales y agentes de la DIRECCION ESCÉNICA, son los
rgados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de dere-
s de representacion en todos los puntos.